

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LITERARIAS.

EL MÁRTIR DEL HONOR.

DRAMA EN SEIS ACTOS

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. MANUEL CANSINOS Y MARTINEZ.

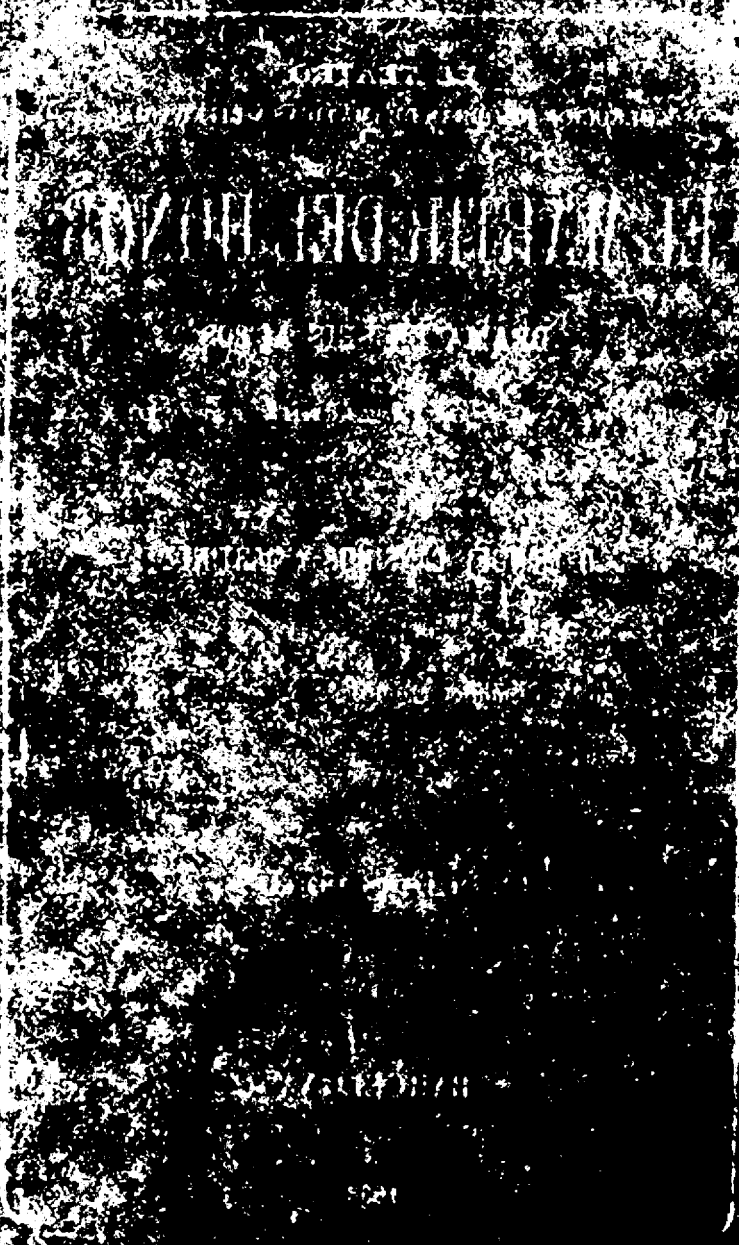
Representado por primera vez con
brillante éxito en el **TEATRO ROMEA** de Barcelona
en la noche del 15 de Diciembre de 1867.

Precio 8 reales.

BARCELONA.

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE JAIME JEPUS,
CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 11.**

1868.



THE

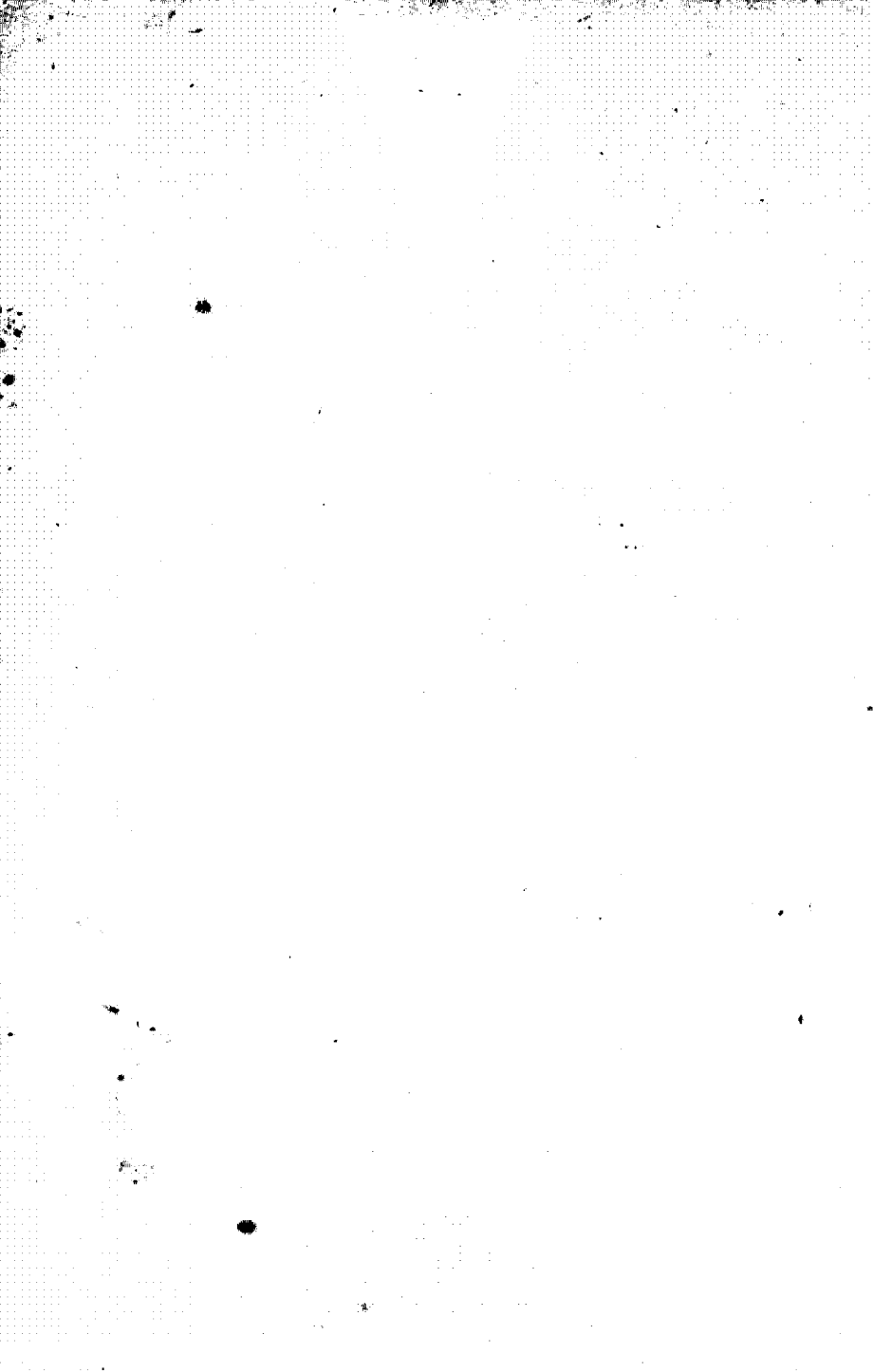
OF

OF

OF

OF

EL MÁRTIR DEL HONOR.



C2141

EL MÁRTIR DEL HONOR.

DRAMA EN SEIS ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. MANUEL CANSINOS Y MARTINEZ.

Representado por primera vez con
brillante éxito en el TEATRO ROMEA de Barcelona
en la noche del 15 de Diciembre de 1867.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE JAIME JEPUS,
CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 14.

1868.

C12686

PERSONAJES.

MIS LILIAS.
MARGARITA.. . . .
JENNY.. . . .
BRIGIDA.
JORGE TREBOR.
SIR ABERDIN.
OLIVERIO CROMWELL.
JACOBO TALBOT.
BERTELL.
FABIO.. . . .
OBADIAH.
ABACÚ.
LUCIANO.
SAMMY.
GREGORIO.

ACTORES.

SRA. SEGARRA.
» PELLIZARI,
» SOLER (R.)
» DONADEL.
SR. CHAS DE LAMOTTE.
» LLIMONA,
» ARCOS,
» FAGES,
» TUTAU.
» TOMÁS.
» SOLER.
» PERELLÓ.
» PIJOAN.
» MASPONS.
» ISER.

Hombres y mujeres del pueblo, caballeros, guardias, etc.

La acción se supone pasar en Londres año de 1635.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los Sres. Gullón & Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MÁRTIR DEL HONOR.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa el despacho de Jorge Trebor. Al fondo puerta vidriera que deja ver la calle; á la izquierda puerta practicable; á la derecha chimenea y una ventana, junto á esta mesa, con recado de escribir, algunos libros y papeles.

ESCENA PRIMERA.

Aparece en la escena JENNY y entran por el fondo FAVIO y LUCIANO; poco despues BERTELL y OBADIACH.

FAVIO. (*Desde la puerta.*) El señor Jorge Trebor?

JENNY. (*Reconociéndole.*) Ah! (*Vase izquierda.*)

FAVIO. Has visto, amigo Luciano, como esa encantadora hija del pais de Gales ha huido de nuestra presencia, lanzando un grito de terror, sin duda me ha reconocido pues ella es la que por orden mia trataron mis amigos de robar hace tres noches.

LUCIANO. Ah! con qué es esa?... Ya tenemos un indicio.

FAVIO. No me habian engañado, estamos en la casa del Sr. Trébor, de ese Demóstenes que con tres malas palabras ha aterrado y confundido esta noche á nuestra gente. Entremos.

LUCIANO. No debes olvidar Favio que Oliverio Cromwell estas bromas las toma muchas veces por lo sério.

FAVIO. Nada temas. La ilustre y poderosa compañía de las aventuras nocturnas, á la que perteneces y yo presido; los señores de los vidrios rotos, los caballeros de la espuma en fin, se han batido en retirada ante un hombre defendido tan solo por tres vecinos y algunos descamisados. Recuerda, Luciano, que esos miserables asesinaron al que nos alumbraba con la antorcha. Nuestra derrota ha sido vergonzosa y debemos á todo trance declarar la guerra á esa gente.

LUCIANO. Tienes razon, y lo peor del caso es que el arrogante vencedor se habrá llevado á tu hermosa y codiciada presa.

FAVIO. Déjale, que si nos encontramos, como no lo dudo, en la casa de ese condenado mercader de palabras, te aseguro....
(*Entran por el fondo Obadiach y Bertell.*)

OBADIACH. Ya estamos en la morada de nuestro salvador, la que mejor conocen los pobres de la Cité de Lóndres, la casa del honorable Jorge Trebor?

FAVIO. (*A Luciano.*) Ya lo oyes. (*A Obadiach.*) Conoceis por ventura al señor Trebor.

OBADIACH. Sí.

FAVIO. Mucho me intereso por él. ¿Ha sido vuestro defensor alguna vez?

OBADIACH. Hace tiempo. Un dia en que me habia entregado al vergonzoso vicio de la embriaguez, fui reducido á prision, y el Sr. Trebor se encargó de mi defensa; gracias á él, solo salí condenado á quince dias de arresto y un sermon al que estaré eternamente reconocido.

BERTELL. A mi acaba de sacarme del calabozo donde tenia por muebles un cántaro y por punto de vista... cuatro paredes.

FAVIO. Diablos! vaya una elocuencia.

BERTELL. Y aun no sabeis lo mejor. Anoche han sido derrotados por él los caballeros de la espuma.

FAVIO. ¿Con qué, efectivamente ha sido él?

BERTELL. ¿Oculta acaso su cara?

FAVIO. Mucho me alegro de saberlo. Justamente eso es lo que veniamos á preguntarle.

LUCIANO. Y puesto que lo sabemos, en marcha Favio, que ya tendríamos ocasion de encontrar á ese hombre en mejor y mas seguro terreno.

OBADIACH. Acaso os contais vosotros entre esa cuadrilla de hijos de Satanás?

BERTELL. De esos bribones que han querido robar á Jenny mi

prometida... y que se entretienen todas las noches en dar sustos y apalear á los ciudadanos honrados?

FAVIO. Buenas gontes, dar de palos á los cuerdos fué en todo tiempo la perversa inclinacion de los locos. Yo por mí sé deciros que mis dias no saben lo que hacen mis noches, el sol no sabe lo que hace la luna, por eso los caballeros de la espuma hacen siempre lo que quieren.

BERTELL. Lo veremos, porque va á publicarse un decreto prohibiendo usar de armas á los enmascarados, é imponiendo severos castigos á los que promuevan desórdenes despues del toque de oraciones.

FAVIO. Os han engañado, amigo mio!

LUCIANO. Y cuando sucederá eso?

BERTELL. Cuando? Esta misma noche presenta el lord Maire una exposicion de los mercaderes y artesanos á Milord Protector. Ellos ya han nombrado su representante y nosotros nos reuniremos para nombrar el nuestro. La diputacion será admitida en el baile de Sir Aberdin.

FAVIO. En casa de mi amigo? Allí estarémos nosotros y pensamos reir un poco á costa de vuestro representante.

OBADIACH. Pero... sois con efecto de los caballeros de la espuma?.. Si tal creyese!...

LUCIANO. Como que si creyeseis!...

FAVIO. (*Conteniéndole.*) Luciano, reflexiona que ahora es de dia. Mira vergante, la desigualdad de nuestras clases me obliga á aplazar esta cuestion para de noche, hora en que todos los gatos son pardos; no te digo mas. Vámonos, Luciano. (*Vanse por el fondo.*)

OBADIACH. Pandilla del infierno!

BERTELL. Déjalos, Obadiach.

OBADIACH. Pero si esos tunantes parece que quieren amenazar al Sr. Trebor!...

BERTELL. Nada temas; si ellos han formado su compañía, nosotros formarémos la nuestra.

OBADIACH. Bien pensado. Ahora Bertell esperarás á que salga el Sr. Trebor y con cierto tacto le darás á conocer nuestra pretension.

BERTELL. Yo!!

OBADIACH. Tú... Mira, aqui se acerca su madre con tu prometida. Ahí fuera te espero. Cuidado con lo que dices; procura no hablar ni mucho, ni poco. A ver como te portas.

BERTELL. Bueno: yo haré lo que pueda, pero confieso que soy tan torpe...

OBADIACH. Vamos, lengua suelta y habla con tino, mientras yo con los nuestros velo por el Sr. Trebor. Ojo avizor; boca cerrada y pié listo. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA II.

BERTELL, MARGARITA y JENNY.

BERTELL. (¿Cómo me arreglaré para no decir ni poco, ni mucho?)
Señora!...

MARGARITA. Ah!

BERTELL. No os asustéis.

JENNY. (*Con alegría.*) Bertell!

BERTELL. Sí, Bertell, el halconero, el miserable asesino.

MARGARITA. Cómo?

BERTELL. Sí señora, asesino por una fatalidad, no por un crimen; asesino que vuestro hijo ha librado milagrosamente, y hoy viene rebosando alegría á demostrarle su eterno agradecimiento.

JENNY. Ah!

MARGARITA. Sois el compatriota de Jenny. Bien, si queréis esperar á Jorge, va á salir en seguida.

BERTELL. Con vuestro permiso le esperaré, deseo verle.

JENNY. Señora!...

MARGARITA. Vé, hija mía. (*Vase Jenny.*)

BERTELL. Con cuanta modestia y cuan retirado vive aquí el señor Trebor... Oh! si tiene enemigos que vengan cuando gusten.

MARGARITA. Qué decís, amigo mio? Jorge no tiene enemigos, oh! estoy segura de ello.

BERTELL. Tranquilizaos, mi querida señora, nosotros velamos por su vida y estamos dispuestos á verter la última gota de nuestra sangre en su defensa.

MARGARITA. Oh! gracias, gracias. Mi Jorge busca la soledad y el silencio por inclinacion natural. Satisfecho vive en esta humilde casa, situada en el mas oculto rincon de la Cité, porque aquí se encuentra entre sus pobres y nunca llega á este apartado retiro el tumultuoso ruido de la ciudad. Desde hace tres años se ha entregado sin reserva á vosotros, os dá todo cuanto tiene, su tiempo, su celo, sus estudios, su elo-

cuencia... Dejádmele en paz, dejadle vivir en la soledad con todo lo que ama en la tierra, con su anciana madre.

BERTELL. (Está visto que soy un torpe.) Perdonadme, señora, yo soy diestro como el que mas en enseñar halcones; les grito y me entienden, pero cuando procuro esplicarme con mis semejantes, siempre lo echo á perder. Vuestro hijo ha sido mi defensor, mi salvador... En fin... lo que quiero decirle, es, que deseo morir por él, y á eso he venido.

MARGARITA. Pues qué ¿caso le amenaza algun peligro?

BERTELL. (Está visto que soy un estúpido.) Calmaos por Dios, señora. Por lo que hace al señor Trebor yo quiero... (Cómo me compondré para hallar las palabras que me faltan?) Escuchadme. Si hubierais visto á vuestro hijo en el tribunal. ¡Oh! cuando empezó su discurso, yo le oia maquinalmente, dió principio contando aquella horrible historia; relató como yo habia asesinado á ese pobre Dikson que llevaba la antorcha... probó que habia herido sin saber á quien en la oscuridad de la noche, que Dikson habia hecho uso de sus armas defendiendo á sus señores los caballeros de la espuma, y que si yo cometí tal accion fué en defensa propia; demostró que era inocente y que habia algo bueno en mi corazon y en mi alma... A medida que vuestro hijo hablaba, iba despertando del letargo en que me habia postrado mi suerte fatal. Oh! aquella voz para mí desconocida que espresaba todo lo que en mi corazon estaba pasando, al escuchar por primera vez en mi vida sus elocuentes palabras, que eran la expresion de mi propio sentimiento, me puse á llorar de alegría, como ahora lloro al recordarlo. Despues los jueces me dijeron «estais libre» pero el que verdaderamente me ha librado ha sido él, vuestro hijo, señora, vuestro hijo que es el ángel de nuestra guarda... y aun dudareis de mí?... podreis creer que yo venga con ánimo de hacerle traicion?

MARGARITA. No, Bertell, no, estoy segura de tu fidelidad.

BERTELL. Gracias á Dios que he podido esplicarme, pero os he dado un mal rato que no me perdonaré nunca; por eso de rodillas imploro... (Se arrodilla.)

ESCENA III.

Dichos y TREBOR.

TREBOR. (*Poniendo la mano sobre el hombro de Bertell.*) No: de pié, Bertell, de pié. El hombre debe mantenerse recto tanto para hablar, como para obrar.

BERTELL. Ah! señor!!

TREBOR. Madre mia.

MARGARITA. Adios, Jorge.

TREBOR. Porque te tratabas tan mal, mi buen Bertell?

BERTELL. Ay! señor Trebor, oyéndoos he conocido que al hombre lo constituye la palabra, esa me falta .. yo no soy por lo tanto un hombre.

TREBOR. Que no eres un hombre, Bertell? Y lo qué has hecho en cuanto te separaste de mí?

BERTELL. Sabeis?

TREBOR. No vayas á creer que he espiado tus pasos, nada tenia que aconsejarte. Mientras que te defendia, mientras salia garante de tu persona, contemplaba tu semblante y leia en tus ojos, á donde te dirigirias apenas te vieses en libertad.

BERTELL. Imposible.

TREBOR. Dikson deja sin amparo á su madre, á su viuda y á dos huérfanos. Lo primero que has hecho Bertell al salir del tribunal, ha sido buscar á esa desolada familia y ofrecerle todo cuanto poseés, y una parte de lo que ganarás con tu trabajo.

BERTELL. Pero, señor Trebor, eso es brujeria!..

MARGARITA. Oh! que buen corazon!

TREBOR. Ya ves, mi buen Bertell, como eres todo un hombre, y me atrevo á sostener que debajo de esa tosca ropilla hay un corazon leal y valiente que late como el mio. ¿Me he engañado?

BERTELL. Todo lo adivinais.

TREBOR. Y dimè, la viuda de Dikson como te ha recibido?

BERTELL. Ah! señor Trebor; cuando vi aquellas pobres mujeres acongojadas, aquellos pobres niños que no jugaban, aquella miseria, no sé lo que se me puso en la garganta que me impedia hablar, únicamente balbuceé mi nombre; al oirlo la viuda se dirigió hácia mí, pálida, temblorosa, desencajada.

TREBOR. Te enseñaría la puerta y tú habrías huido avergonzado, ¿no es verdad mi buen Bertell? esto es muy natural, la esposa de Dikson no podía aceptar tan pronto la mano que tú la tendías. Vaya, no te apures; arreglarémos esto, iré á verla, la hablaré...

BERTELL. Oh! gracias, señor, gracias, si vos tomáis parte en este asunto, ya estoy tranquilo. Conoceis, señor Trebor, lo que vale poseer el don de la palabra?

ESCENA IV.

Dichos, JENNY.

TREBOR. Ola, Jenny. Mirala Bertell, mirala, desde hace quince días que adora á mi madre como una hija cariñosa; ella hace la felicidad de esta casa, adivina nuestros deseos, nos asiste, nos sonríe, nos ama y sin embargo apenas conoce algunas palabras de nuestro idioma, por lo tanto no tiene la ventaja que tú suponías en mí hace un momento... Me has comprendido Jenny?

JENNY. *(Abrazando y besando á Margarita.)* Si!... si!...

MARGARITA. Querida Jenny!

TREBOR. Lo ves Bertell, el corazón es lo que no puede adquirirse, la palabra sí. Yo te prestaré la mía, para que visites de nuevo á la viuda de Dikson.

BERTELL. Ay! si quisierais prestármela tan solo por un rato, os manifestaría...

TREBOR. Tienes algo que decirme?

BERTELL. Solo cuatro palabras, pero no sé como..... tengo miedo.

MARGARITA. Ven, Jenny. *(Vanse.)*

BERTELL. Me alegro que se hayan marchado. Lo que tengo que decir, Sr. Trebor, es que mi vida os pertenece, y que si alguna vez os hace falta un perro ó un ave de rapiña, Bertell el halconero será galgo para las liebres y azor para los milanos.

TREBOR. Gracias, amigo mío, ya lo sé.

BERTELL. Esto es por mi parte, respecto á los demás...

TREBOR. A los demás!...

BERTELL. Hablo de vuestra clientela, no podeis quejaros de que sea corta, todos los polres de Lóndres, aunque estos parro-

quianos no son muy lucrativos, vos habeis dado ya bartas pruebas de no hacer caso del dinero, y en cuanto á joyas tan solo conservais un diamante, vuestra conciencia. Escudos no tendreis, pero amigos fieles y leales muchos, es decir que sois un millonarios en amigos: ¿no es cierto?

TREBOR. No tanto, Bertell, no tanto.

BERTELL. Yo digo que si. Vuestra madre va á volver y no quiero asustarla otra vez. Escuchadme; hace poco os he llamado hechicero, pues figuraos por un momento que lo sois, que tenéis el poder de la mágia, y con una sola palabra se cumplirá vuestro deseo.

TREBOR. No te comprendo. Explicáte...

BERTELL. Los peniques hacen piastras, y las piastras hacen millones. Entre mil pobres puede juntarse el caudal de un rico... no se si me atreva, pero debo decirlo y lo diré. Reunid uno á uno todos los pobres que habeis socorrido y estos formarán una cantidad fabulosa, pues bien, todos ellos han depositado su óbolo, estas pequeñas cantidades hoy forman un caudal, está destinado á vos, disponed de él... Ah! la señora Margarita... hasta mas ver. (*Vase precipitadamente por el fondo*).

TREBOR. Bertell... qué leal corazon!

ESCENA V.

TREBOR, MARGARITA y JENNY está con un jarro de flores.

MARGARITA. Ponlas sobre esa ventana.

TREBOR. Pero madre... esas flores... ¿acaso por mi causa habeis dado al olvido la severa obligacion que nos hemos impuesto? Vos que habeis vendido hace poco vuestras últimas joyas para atender á nuestras necesidades y conservar intactos nuestros únicos bienes, mi independendencia y mi dignidad?

MARGARITA. Pero, Jorge, no has sido tú el que ha enviado esas flores?

TREBOR. No, madre mia.

MARGARITA. Es particular. ¿Sabes tu acaso, Jenny?

JENNY. Nada.

TREBOR. No han reclamado su precio?

JENNY. No.

MARGARITA. Sospechas de alguien?

TREBOR. Tal vez los mercaderes de Jay-Marc habrán querido recompensarme, por haber logrado una rebaja en sus impuestos...

MARGARITA. Quieres engañarme, sea; pero lo que me aflige en extremo hijo mio, es la vuelta á Lóndres de Sir Aberdin; desde que sé que ese hombre funesto se halla aqui, no vivo, si eres reconocido... descubiertlo...

TREBOR. Oh! lo deseo por momentos!

MARGARITA. Esperaba esa contestacion.

TREBOR. Qué la esperabais?

MARGARITA. Sin duda, te conozco bien y sé hasta donde llega tu decidido y fuerte corazon. El venerado recuerdo de tú padre, el penoso trabajo que has tenido que soportar para concluir tu carrera, y sobre todo esa amenaza sombría que pesa sobre tu suerte, ha fortificado tu conciencia, ha templado tu carácter, y ha despertado en ti fuerzas sobrenaturales: el culto del honor, el ódio profundo á la infamia.

TREBOR. Ilusiones maternales.

MARGARITA. No son ilusiones hijo mio; tu amor filial te ha hecho reconcentrar en el fondo de tu alma esa energia y esa virtud; verdad es que eres el apoyo de todos los necesitados, pero si este horizonte limitado no te basta, porque tu fuerza de voluntad necesita la lucha, lánzate pues á ella, no me sacrificques ni tu felicidad, ni tu porvenir.

TREBOR. Veo madre querida, que será preciso que os abra mi corazon. Escuchadme.

MARGARITA. ¿Me quieres engañar?

TREBOR. Os prometo que vais á quedar sorprendida cuando os descubra las debilidades de este que llamais firme carácter.

MARGARITA. Pero... y Jenny?

TREBOR. No sabeis que oye, pero que no entiende.

MARGARITA. Habla.

TREBOR. Os acordais cuando habitábamos en Edimburgo el castillo de mi padre? Os acordais que lord Windall al morir os confió una pobre huérfana que habia recogido y que vos adoptasteis por hija...

MARGARITA. Lilias!! Dónde estará ahora?

JENNY. (Lilias!!)

TREBOR. Cuanto os amaba aquella pobre niña. Aun me parece verla sonreir cuando le haciais alguna caricia. Oh! desde en-

tonces no hay en el mundo mas que dos seres, yo que la adoro, y ella el objeto de mi adoracion. Reíos de mi, soy un loco; ¿no es verdad? pero eso no me impide que acuda presuroso á mi puesto siempre que la justicia y el deber me llamen.

MARGARITA. Noble corazon! Pero... y Liliás vivirá todavía?

TREBOR. Recordareis que lord Windall, antes de hacerse matar en la batalla de Dúmbar, dejó á Liliás en poder de su hermana, la esposa de Sir Aberdin. Esta falleció al poco tiempo de la desgracia de su hermano. Yo no pude proteger á la que llamásteis un dia vuestra hija, porque entonces tenia que ocultarme de todo el mundo. Sir Aberdin la tiene en su poder, habitan á diez pasos de esta casa, en el antiguo palacio de lord Windall.

MARGARITA. Liliás en Lóndres!!... ¿Estás seguro, Jorge?

TREBOR. No hace una hora que la he visto.

MARGARITA. Oh! Dios mio... ¿Y dónde?

TREBOR. Al salir de su palacio, Sir Aberdin la maltrata. Oh! esta noche habrá baile en el palacio de Windall y el Lord Protector debe encontrarse allí. No sé que presentimiento me hace desconfiar de esa fiesta; y no tener yo derecho para entrar!!

JENNY. (Lo comprendo!)

MARGARITA. No te abandones de ese modo, Jorge.

TREBOR. Teneis razon, madre mia, y sin embargo ansio encontrarme frente á frente de ese hombre; no es orgullo, ni ambicion, ni sed de peligro, no; es que Liliás sufre y yo soy el defensor de los que padecen, es que Liliás llora y yo quiero enjugar sus lágrimas... porque la amo con delirio, madre mia.

JENNY. (Pobre Jenny!)

MARGARITA. Sí, sí; es preciso volar en socorro de mi hija... pero como... Qué rumor es ese?

ESCENA VI.

Dichos.—**JACOBO** que entra precipitadamente por el foro.

JACOBO. Socorro!! Amparadme!

TREBOR. Quién sois? qué peligro os amenaza?

JACOBO. Me dirigia á vuestra casa, señor Trebor, cuando he

sido reconocido por la gente del Bailío, y se me persigue.
TREBOR. Se atreven hasta en el mismo recinto de la Cité?.. Nada temais. (*Cerrando la puerta del fondo*).

JACOBO. Ya que vuestro ídolo es la ley, hacédla respetar.

TREBOR. Descuidad, caballero. Pero... ¿quién sois?

JACOBO. Mi nombre es Jacobo Talbot, soy un simple empleado del Almirantazgo y á pesar de mi traje, mi pobreza no es menos cruel; venia á vuestra casa á solicitar que me salvaseis mas que la vida, el honor. Me encuentro amagado de una horrible acusacion, sospechan que he malversado un depósito.

TREBOR. Quién es vuestro acusador?

JACOBO. Sir Aberdin.

TREBOR. Sir Aberdin!

MARGARITA. (*Bajo á Trebor*). El hombre cuya presencia debes evitar.

JACOBO. Si no es el honorable Jorge Trebor, ¿qué abogado querrá oponerse á Sir Aberdin, al miembro mas poderoso del Parlamento?.. Os callais? Oh! si vuestra ayuda me falta no me queda mas que un recurso... Escuchadine; sois jóven, amo y creo ser correspondido... vos sois madre, señora..... ah! yo no tengo madre... Nada decís! Está bien... Adios!

TREBOR. Vais á entregaros desdichado?

JACOBO. Eso seria infamar mi nombre, oh! nunca.

TREBOR. Entónces qué vais á hacer?

JACOBO. Lo que voy á hacer no se dice, se hace.

TREBOR. (*A Margarita*). Ese hombre va á matarse, madre mia!

MARGARITA. Deteneos caballero: Dios así lo quiere; Jorge, cumple con tu deber.

TREBOR. Ah! gracias, madre de mi corazon. (*Vase Margarita y Jenny*).

ESCENA VII.

TREBOR y JACOBO.

TREBOR. Explicaos caballero... os acusan?

JACOBO. Os lo diré en dos palabras: los bienes que se confiscaron al difunto Lord Windal, general realista, han sido devueltos, aun antes de su muerte, á su cuñado Sir Aberdin que se habia unido á la causa del Parlamento.

TREBOR. El nombre de Lord Windall va unido á este asunto?

JACOBO. Sir Aberdin, por medios ilegales se ha hecho dueño del testamento y papeles del Conde.

TREBOR. Eso es infame!

JACOBO. El testamento no se encuentra, pero entre los papeles se ha hallado un manuscrito con este encabezamiento; «Estado de las joyas y otros valores entregados por mí á...» hay dos iniciales que convienen con las de mi nombre y mi apellido.

TREBOR. Conociais á Lord Windall, caballero?

JACOBO. A él me recomendó su hermano moribundo.

TREBOR. Y han desaparecido esos valores?

JACOBO. (Con esfuerzo). Sí.

TREBOR. Dispensadme. Con arreglo á nuestras leyes, os presentaréis, ante los tribunales como inocente, ó como culpable?

JACOBO. Cómo culpable! nunca.

TREBOR. Entónces porque queriais poner fin á vuestra vida?

JACOBO. Caballero, ¿sois mi juez ó mi abogado?

TREBOR. El abogado es el primer juez, juez que perdona siempre. El representante de la ley, el encargado de administrar justicia se ve obligado á condenar por las pruebas; el abogado tiene la felicidad de poderse contentar con el conocimiento de las causas.

JACOBO. Yo no me creo culpable, las apariencias me condenan; no tengo pruebas en mi favor; repito que no me creo culpable, pero quiero saber si lo seré ante un hombre tan recto como vos.

TREBOR. Podeis hablarme como á vuestra conciencia.

JACOBO. Os lo diré todo, pero os exijo que no revelaréis á nadie lo que oigais de mis lábios.

TREBOR. Os lo juro.

JACOBO. Interrogad, estoy dispuesto á contestaros, y ojalá que podais no digo absolverme, sino perdonarme.

TREBOR. Es verdad que Lord Win tall os habia confiado ese depósito?

JACOBO. Sí.

TREBOR. En qué consistia?

JACOBO. En una cartera que encerraba por valor de cien mil libras de Francia en diamantes y billetes de Banco.

TREBOR. Seguramente habreis creido que el conde tenia intencion de dejaros esa cartera despues de su muerte?

JACOBO. Esa ha sido siempre y es mi conviccion mas íntima. Lord Windall no me lo habia manifestado claramente; y por otra

parte, ¿habia de restituir esa cartera á Sir Aberdin, que se titulaba su único heredero, cuando tan cobarde y villanamente habia hecho traicion y robado al conde?

TREBOR. Estaban ya confiscados los bienes de Lord Windall, cuando os confi6 ese depósito?

JACOBO. Sí, y así lo prueba la fecha del escrito del conde.

TREBOR. ¿Qué habeis hecho de la cartera?

JACOBO. Aquí la teneis. *(Entrega una cartera á Trebor)* Ah! si me hubiesen preso con ella encima, estaba perdido!

TREBOR. Perdido! de ningun modo; solo seriais condenado á prision.

JACOBO. Y el honor... Ah! yo no podria sobrevivir á la deshonra.

TREBOR. Qué falta en esta cartera?

JACOBO. Perdonadme: una pasión irresistible me ha arrastrado; era indispensable que yo siguiese por todas partes á una jóven á quien amo. Faltan los billetes y una tercera parte de las joyas.

TREBOR. ¿Cómo restituir?

JACOBO. Trabajaré sin descanso hasta que haya completado el depósito, dejando esa cartera en manos seguras, en las vuestras por ejemplo.

TREBOR. Bien. Y me dais vuestra palabra de no cejar en lo que os proponéis?

JACOBO. Mi palabra y mi vida. Tomad, caballero, tomad. En este papel encontrareis, nota de los diamantes que la fatalidad me ha hecho vender y los medios que me he reservado para el rescate de esas joyas.

TREBOR. Llevado este asunto á los tribunales, pronto se sabrá á quien pertenece este depósito; si á los legitimos herederos de Lord Windall, al Estado, ó quizás á vos....

JACOBO. Os guardais ese papel?

TREBOR. Con la cartera: No me habeis dicho que confiábais?...

JACOBO. Sí, sí: quiero entregarme á vos por completo. Ahora, espero vuestra sentencia.

TREBOR. *(Si le condenase se mataria. Es verdad que no es inocente pero aun puede purificarse su corazon y su alma por el sufrimiento.)*

JACOBO. Ah señor! vais á condenarme?

TREBOR. No Jacobo, debo defenderos, y os defenderé.

JACOBO. Gracias, podeis estar seguro de que me haré digno de vuestra estimacion.

TREBOR. La obtendréis, cuando hayais reparado vuestra falta.

JACOBO. Y ahora qué debo hacer?

TREBOR. Ahora, presentaros vos mismo, pero no al condestable, porque entonces Sir Aberdin os dejaria olvidado en el fondo de un calabozo. Vuestra presentacion debe ser pública; debe ir revestida de cierta solemnidad si es posible. Esta noche da vuestro acusador una fiesta, presentaos en ella, y que allí os prendan.

JACOBO. Así lo haré. ¿Sabeis, Sr. Trebor, que á ese baile asistirá Milor Protector y todos los nobles de Inglaterra? Sir Aberdin debe declarar esta noche públicamente sus desposorios con Mis Liliás.

TREBOR. Dad gracias á Dios, caballero, de tener á ese hombre por adversario! agradecidle, sobre todo, poder luchar con él frente á frente. *(Ruido fuera.)*

JACOBO. Cielos!... Sir Aberdin y los suyos.

TREBOR. Al fin de ese corredor encontrareis una puerta que dá á una calle cercana. Poneos en salvo. Apresuraos. Ahora recibamos á Sir Aberdin. *(Vase Jacobo)*

ESCENA VIII.

TREBOR, SIR ABERDIN, FAVIO, LUCIANO, Y CRIADOS armados.

ABERDIN. Aquí dicen que entró.

TREBOR. Señores, qué buscáis en mi casa?

ABERDIN. Venimos á apoderarnos de un fugitivo que ha entrado aquí, y á quien dais asilo.

TREBOR. Vuestra señoría, cuando así obra, ha olvidado sin duda alguna que la ley hace inviolable dos puertas, la de la Cité de Lóndres y la del ciudadano inglés.

ABERDIN. De grado ó por fuerza he de llevarme al prisionero.

TREBOR. Vuestro prisionero ya no está aquí.

FAVIO. De eso quiero asegurarme.

TREBOR. Deteneos!... No ciño espada, pero la ley está en el umbral de esa puerta. Pasad, pasad, si os atreveis.

ABERDIN. Pero, que razones alegais para no entregarnos al culpable; sois acaso su pariente?

TREBOR. Soy su abogado.

ABERDIN. Su abogado..... Ba!... ba!... su abogado. ¿Y si yo os ofreciese serlo mio?

TREBOR. No aceptaría... yo tan solo defendiendo á los pobres.

ABERDIN. Porque no podeis defender á los ricos.

TREBOR. Hice la eleccion á mi gusto, y prefiero sanar á los mas enfermos.

ABERDIN. Poco es vuestro valor entónces, amigo mio.

TREBOR. Si tal, puesto que apoyo á los débiles y sostengo á los oprinidos.

ABERDIN. Y no sois nunca del partido de los fuertes?

TREBOR. Soy del partido de Dios!

ABERDIN. Tratais de insultarnos! Ignorais acaso quienes somos?

TREBOR. Os conozco muy bien Sir Aberdin.

ABERDIN. Pues ya haré yo por conoceros á vos. Hay pocos hombres que no tengan en su vida un secreto que pueda perderlos.

TREBOR. Yo tambien tengo uno en la mia, pero como soy un noble adversario, os aconsejo que no hagais uso de él, cuando le hayais adivinado.

ABERDIN. La hormiga desafía al leon, bien está; ya nos volveremos á encontrar, señor Trebor. Ya procuraremos dar con vos y con vuestro digno cliente.

FAVIO. Despreciemos á este adversario.

ABERDIN. Teneis razon, Favio. Adios, amigo mio, os dejamos en vuestra humilde choza; yo me vuelvo á mi palacio donde me rodea todo lo mas noble y lo mas rico de Inglaterra... Allí os espero. *(Vanse Sir Aberdin, Favio, Luciano y criados.)*

TREBOR. Pues... allí iré.

ESCENA IX.

TREBOR, MARGARITA, JENNY, despues OBADIACH y BERTELL.

TREBOR. Si, si, iré. Pero en este momento dará orden á sus lacayos para que me cierren el paso, y esta noche era preciso ir, para ver á Lillas, para hablar á Cromwell.

OBADIACH. *(Entrando.)* Hablar á mi general? Yo os presentaré á él, señor Trebor.

TREBOR. Vos?

BERTELL. *(Entrando.)* Señor, los artesanos de la Cité os acaban de nombrar su representante para que pongais en manos del Lord Protector la queja que elevan contra los escándalos nocturnos. El lord Maire os envia esta esquila de convite para que asistais esta noche al baile de Sir Aberdin.

TREBOR. ¡Una esquila de convite para esa fiesta! Me has escuchado, Dios mío!

MARGARITA. Vé Jorge, vé, y salva á Liliás.

JENNY. (Liliás!)

TREBOR. Ah! Sir Aberdin! No estoy tan solo como te piensas, tengo conmigo, á Dios, á mi madre y á los pobres.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Representa el teatro, salon en el palacio de Windall, profusamente iluminado y adornado con esplendidez. Al fondo rompimiento, á la derecha dos puertas, á la izquierda una.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, LILIAS, á poco JACOBO.

BRÍGIDA. (*Llamando á la izquierda*). Señora. Si supiérais...

LILIAS. Qué ocurre, Brígida, ha venido Jacobo?

BRÍGIDA. Miradle.

JACOBO. (*Entrando*). Adorada Lillas!

LILIAS. Oh! sois vos. (*A Brígida*). Cuida de que no seamos sorprendidos. (*Vase Brígida*). Soy muy dichosa al volveros á ver, pero tiemblo. Habeis olvidado, Jacobo, el peligro que correis si os encuentra Sir Aberdin en estos salones?

JACOBO. Vengo dispuesto á entregarme, á que se me nombren jueces.

LILIAS. Ya estaba yo segura de que encontraríais los medios de hacer brillar vuestra inocencia. Ni un solo instante he dudado de vos.

JACOBO. Gracias Lillas!... Sois en extremo bondadosa.

LILIAS. No sabeis la alegría que habeis dado á este pobre corazon, lacerado por tan continuos sufrimientos. Hace un año, cuando murió la esposa de Sir Aberdin, que fué mi última protectora, quedé abandonada en un sombrío y desierto castillo del Norte. Os presentásteis en aquella soledad como un amigo leal de mi querido bienhechor Lord Windall, me declarásteis vuestro amor y la pobre huérfana os aceptó como el compañero de su dolor, porque el infortunio estrecha las almas que padecen. Hoy Sir Aberdin quiere imponerme su

amor á toda costa, os encuentra en su camino, y para humillaros á mis ojos os calumnia villanamente, pero yo no creo que hayais cometido esa accion indigna. El amigo de Lord Windall, el compañero de mi dolor no puede ser culpable.

JACOBO. (Cuánto sufro!!...) Teneis razon Lillas.; prefiriera antes mil muertes, que tener que avergonzarme en vuestra presencia.

LILIAS. Os creo, Jacobo, os creo. Viéndoos sufrir conozco que debo amaros.

JACOBO. Sois un ángel, pero á medida que os mostrais más sublime, menos me creo digno de vos.

LILIAS. Tened confianza, y ya que me prestais consuelo en mi sufrimiento, permitidme os consuele á mi vez en vuestro dolor.

JACOBO. Huérfana y sin apoyo, ¿cómo podreis resistir al poderoso Sir Aberdin?

LILIAS. En Dios confio, que nunca me ha abandonado. Sé que tengo que revestirme de un valor á toda prueba, pero no perderé la esperanza hasta el último momento.

JACOBO. Es que ese momento ha llegado Lillas

LILIAS. Dios vendrá en ayuda de la pobre huérfana.

JACOBO. Esta noche es la destinada para el sacrificio. Sir Aberdin os debe presentar como su prometida, estais adornada para ese baile, no os hagais ilusiones, sucumbireis; yo nada puedo hacer porque os he dicho que venia á entregarme.

LILIAS. ¿Y quién podrá impedirme que me interese por vos?

JACOBO. Y si os preguntasen cuál es mi derecho á vuestra piedad?

LILIAS. Oh! si me lo preguntasen, diria, que érais mi prometido.

JACOBO. Cielos! Y tendríais valor?

LILIAS. Sí, con tal de infundiros confianza; os lo prometo; os lo juro.

BRIGIDA. (*Entrando*). Señora, Sir Aberdin ha entrado en palacio y se dirige con el conde Favio hácia estas habitaciones.

LILIAS. No conviene que nos vea. Volvereis Jacobo?

JACOBO. Volveré. (*Vase por la derecha*).

LILIAS. Estoy tan afectada. Suplica al conde, mi buena Brígida, que se sirva aguardar un momento. (*Entra por la izquierda*).

ESCENA II.

BRIGIDA , ABERDIN y FAVIO.

BRIGIDA. Mi señora está en su gabinete, si vuestra señoría...

ABERDIN. Está bien: retiraos y decid á Mis Liliás que debo tener con ella una corta entrevista antes de la hora del baile. (*Vase Brigida*).

FAVIO. Un buen consejo bien vale las mil libras que acabais de prestarme; oidle amigo mio. Aunque os parezca bronía yo tambien quisiera habérmelas con ese abogadillo del diablo, á quien parece no le he hecho mucha gracia. Es enemigo pequeño para que vos os rebajeis hasta él; dejádmole á mí y yo os prometo que le quedará memoria del conde Favio. Seguramente ha estado tan altivo con vos porque no os conoce.

ABERDIN. Las cosas graves no os conciernen.

FAVIO. Perdonadme: Olvidais muchas veces, Sir Aberdin, que no solamente teneis la fortuna de ser mi acreedor, sino que he tenido la desgracia de ser vuestro cómplice. Antes de abrazar sábiamente el partido vencedor, olvidais por ventura que fuisteis uno de los que llamaron al extranjero para auxiliar al partido derrocado?

ABERDIN. No habeis abusado bastante aun de vuestra imprevision, Favio?

FAVIO. La llamais imprevision? Cuán necio me hacéis milord: creéis que no conozca que al querer introducir en vuestra patria al extranjero os hicisteis reo de un crimen de lesa nacion. Sois muy confiado, conde, y yo estoy seguro de que alguno guarda en su poder las malditas pruebas de ese atentado.

ABERDIN. Solo podia tenerlas Lord Windall y en este caso, no hubiera titubeado en presentarlas cuando le acusamos.

FAVIO. Y si las guardó por generosidad? Nada se sabe de esos documentos históricos. Si no se han destruido, en dónde están? A quién los habrá confiado Lord Windall? Los hombres que se encuentran en vuestra situacion deben andar muy alerta. Mi querido tesorero, cuando veo que alguno os desprecia... creo que debéis respetarle.

ABERDIN. Yo prefiero usar otra táctica; para no tener miedo es

preciso infundirlo á los demás. Si sospecho de álguien lo pierdo, lo inutilizo. Vuestra ligereza os sostiene á vos, á mi me engrandece mi audacia. ¿ Habrá por ventura quien se atreva á derrocar mi poder? El mismo Cromwell me distingue.

FAVIO. Estais seguro de que os quiere bien?

ABERDIN. Id y que mi tesorero os entregue las mil libras consabidas. Disponed de mi caja, y tened presente que yo voy siempre á golpe seguro.

FAVIO. Sin duda alguna por eso quereis enlazaros con la hermosa Liliás, aunque no tenga ni dote, ni nombre?

ABERDIN. (*Riendo.*) Justamente. Quizás esta misma noche os quedareis admirado; sois un inocente y casi, casi, os puedo asegurar que aquellas cartas que tanto pavor os infunden, quedarán hoy mismo en mi poder.

FAVIO. Y si volviese el rey?..

ABERDIN. Aun cuando volviese.

FAVIO. Pues señor no lo comprendo. Confíésome vencido y abandono el campo. Vuestro tesorero me espera.

ABERDIN. Hasta luego.

ESCENA III.

SIR ABERDIN, LILIAS.

LILIAS. Brígida me ha dicho que queriais hablarme; ¿podré saber cual es vuestra pretension?

ABERDIN. Mi pretension recae toda en vuestro favor. Por vuestros intereses, que son los míos, por vuestra dignidad, deseo que para el baile de esta noche no abrigueis ninguna esperanza imprudente. Pretendo haceros conocer toda vuestra felicidad.

LILIAS. Mi felicidad !!

ABERDIN. Y, por primera felicitacion, permitidme que os diga que estais con ese traje encantadora.

LILIAS. Este traje es un suplicio para mí, es la muerte de mi esperanza.

ABERDIN. Cuando os presente como la prometida de uno de los hombres mas poderosos de la Gran Bretaña, exitaréis la envidia de todas las damas, sereis la reina de la fiesta.

LILIAS. Honor bien envidiable por cierto ! pero que yo no quiero obtener: ántes la muerte mil veces.

ABERDIN. A tiempo os he librado de los amores de ese perdido, sin nombre y sin fortuna, hoy acusado de un crimen infamante.

LILIAS. Yo me protegeré y defenderé á mi misma.

ABERDIN. Cuan engañada vivís Lilias. Habeis recibido una educacion virtuosa y cristiana, y al veros rodeada de lo mas escogido de nuestra sociedad estoy seguro que preferireis morir antes que alzar la voz para semejante escándalo.

LILIAS. Me arrojaré á los pies de Lord Protector, y le diré...

ABERDIN. Nada adelantariais; mi bella prometida, porque vuestro futuro esposo es el amigo á quien mas distingue Oliverio Cromwell.

LILIAS. Dios mio! si todos me abandonan, á vos, Sir Aberdin dirigiré mis súplicas y mis lágrimas...

ABERDIN. No, porque os amo, y antes que renunciar á la felicidad de llamarme vuestro esposo, renunciaré á mi fortuna y á mi vida.

LILIAS. Sola! sola en el mundo!!

ABERDIN. Si, sola y en mi poder. Gracias á Dios que lo habeis comprendido. Vuestra belleza, vuestra virtud, mi pasion, mi poder, son otros tantos lazos que os dejan muda y os estrechan de tal modo que no teneis mas remedio que resignaros á vuestro destino. Os dejo, mis Lilias; salgo á recibir á Milord Protector. Estais deslumbradora y tan hermosa como una virgen de Vandick. *(Vase por el fondo.)*

ESCENA IV.

LILIAS, despues TREBOR.

LILIAS. Ah! mi cabeza se arde... Mi razon se extravía... tengo miedo. Esos suntuosos é iluminados salones me asesinan. Oh! cuanto te echo de ménos mi tranquila morada de Edimburgo. *(Trebor aparece en el fondo.)* Quién acudirá en auxilio de la pobre huérfana. Oh! me encuentro sola... *(viendo á Trebor.)* Ah! no lo estoy ya... Es un sueño.. Jorge!

TREBOR. Lilias! Al fin nos encontramos.

LILIAS. Y tu madre?

TREBOR. Te adora como siempre y te espera con ansiedad.

LILIAS. Donde habeis estado? Tres años, tres años han trascurrido ya desde que nos separamos, tres años que me han parecido un siglo.

TREBOR. Si vieras cuanto he sufrido Liliás. Por complacer á mi madre me he ocultado de todo el mundo... Pero y tú... y tú?

LILIAS. Yo! Ah! es preciso que me salves Jorge, es preciso.

TREBOR. A eso he venido aquí.

LILIAS. Si supieras?

TREBOR. Nada ignoro, y á todo estoy dispuesto.

LILIAS. Pero... y los derechos que dice tener ese hombre?

TREBOR. Derechos!.. Y que? No eres tú la hermana querida de mi corazón.

LILIAS. Ah! Jorge! Jorge. No conoces á Sir Aberdin, es muy poderoso.

TREBOR. Para protejerte seré yo mas poderoso que él.

LILIAS. Con efecto, noto en tí algo extraño. Has alcanzado acaso algun poder desconocido... Algo me ocultas y yo tengo derecho á saberlo todo.

TREBOR. Solo soy un pobre abogado como era antes. Confia en mi, hermana querida, déjame que te defienda. Defender á mi hermana adorada! Ah! decía bien Bertell... es hermoso, es grande el don de la palabra.

LILIAS. Cuan bueno eres. La Providencia te ha enviado sin duda. Te miro tal como te he soñado en mis recuerdos de la infancia. Pero, en que piensas?..

TREBOR. Dime, ese hombre infame que quiere obligarte á que seas su esposa, ha logrado arrancarte alguna palabra de asentimiento.

LILIAS. No.

TREBOR. Entónces déjame luchar frente á frente con ese poderoso enemigo. Es decir, Liliás, que te encuentras completamente libre?

LILIAS. Si, completamente... con respeto á él.

TREBOR. Acaso?..

LILIAS. Eres mi hermano y no debo tener secretos para tí.

TREBOR. Nada me ocultes, te lo suplico.

LILIAS. Eso te demostrará en cuan poco tengo á Sir Aberdin.

TREBOR. Habla, habla.

LILIAS. Esta noche pretende declararme su prometida.

TREBOR. Y tú?..

LILIAS. Soy la prometida de otro.

TREBOR. Ah! (Aina á otro!) Tienes razon Liliás, tenemos contra Sir Aberdin una prueba admirable.

LILIAS. Que tienes, Jorge? Vacilas..?

TREBOR. No, nada, ya ha pasado. Sufre uno tanto en la vida!!...

(*Ama á otro!*) (*Déjanse ver en el fondo algunos convidados.*)

LILIAS. Ya han venido los convidados... El lord Protector!

TREBOR. (Quién me habrá robado su corazón?)

LILIAS. Adios, Jorge... Sir Aberdin vendrá á buscarme. . . te dejo solo por un momento... no me respondes? Dios mío!!.. vacilarás tal vez?..

TREBOR. Señora, vuestro abogado está dispuesto.

LILIAS. Señora!! También tú quieres martirizarme? Que daño te he hecho para que me habléis así?

TREBOR. No, no temas, siempre serás Liliás, la hermana querida de mi corazón. Vete tranquila... Te salvaré. (*Vase Liliás.*)

ESCENA V.

TREBOR, CROMWELL, Sir ABERDIN, FAVIO, OBADIACH, convidados,
soldados de la guardia de Cromwell.

PAGE. (*Anunciando*) Su alteza Milord Protector.

CROMWELL. Sabéis, Sir Aberdin, que vuestros salones son magníficos. Nunca he visto tanto lujo.

ABERDIN. Si me concede licencia V. A. iré á buscar á Mis Liliás.
(*Cromwell hace una señal afirmativa. Sir Aberdin vase por la izquierda.*)

CROMWELL. Me complace sobremanera, señores, encontrar aquí reunidos á mis gloriosos amigos y compañeros de armas, los valientes campeones de Inglaterra... Ah! Obadiach, preséntame á tu recomendado?

OBADIACH. (*Señalando á Trebor*) Mi general!

CROMWELL. Está bien. Sois vos, conde Favio? Que me decís acerca de cierta exposicion que hace el lord Maire y los honrados habitantes de la Cité, contra los autores de los escándalos nocturnos?

FAVIO. Creo, milord, que esas pobres gentes tienen buenos puños y deberian aceptar la partida.

TREBOR. Si tuviesen derecho á cñir espada como vos, desde luego la aceptarían.

CROMWELL. Descuidad, caballero, que se hará justicia á los vecinos de la Cité.

FAVIO. (*Este abogadillo me fastidia.*)

CROMWELL. (*Los convidados se retiran.*) Con vuestro permiso, se-

ñores. Con que sois el honrado Jorge Trebor, el defensor infatigable de los pobres? Noble título por cierto! Obadiach me ha dicho que deseabais hablarme?

TREBOR. Asi es la verdad. V. A. debe dispensarme si me atrevo á hablarle con sencillez y sin rebozo. Creo que me escucharéis, porque nunca habeis sido sordo á la voz del sufrimiento y un inmenso dolor embarga mis sentidos.

CROMWELL. Hablad, señor Trebor, os escucho con el mayor interés.

TREBOR. Ah! gracias. V. A. me ha comprendido. Dentro de breves momentos, voy á lanzarme á un duelo (*Movimiento de Cromwell.*) Oh! sin efusion de sangre, pero que sin embargo será de vida ó muerte. Mi adversario se llama Sir Aberdin, el dueño de este palacio.

CROMWELL. Sir Aberdin!! Y que deseais de mi, caballero?

TREBOR. Lo que no se rehusa jamás á un hombre honrado. Me atrevo á suplicar á V. A. que me conceda el honor de ser mi padrino.

CROMWELL. Deseo seros útil porque vuestro acento me conmueve y no se que oculta simpatía me une á vos.

TREBOR. Milord, solo una cosa temo de Sir Aberdin. Ese hombre funesto ha sido siempre traidor y tal vez quiera acusarme de ese crimen. Se trata del testamento de un antiguo enemigo de V. A. que debe encerrar mi justificacion y un secreto útil al Estado.

CROMWELL. Y queréis confiar ese depósito en manos seguras? Lo acepto, caballero, lo acepto.

TREBOR. Otra pretension aun. Este pliego cerrado, y cuyo contenido ignoro yo mismo, no debe abrirse hasta que mi adversario me haya acusado directamente. Me atrevo á suplicarlo á V. A. porque asi se lo he prometido á un moribundo.

CROMWELL. Y yo, á mi vez, os lo prometo, Trebor. Deseais algo mas?

TREBOR. Ya que con tanta nobleza os habeis puesto de parte de uno solo, si alguna vez necesitáis quien muera por el bien de todos, me atrevo á rogar á V. A. que se acuerde de Jorge Trebor.

ESCENA VI.

Dichos, SIR ABERDIN, LILIAS, despues JACOBO.

ABERDIN. (*Violentando á Liliás para que salga.*) Os digo que salgais.

LILIAS. Jorge!

TREBOR. (*Bajo á Sir Aberdin.*) Dejad la mano de esa jóven, caballero.

ABERDIN. Aquí este hombre!

TREBOR. No me desafiasteis á que viniera? Pues aquí estoy.

ABERDIN. Mirad lo que haceis, porque estoy en mi casa.

TREBOR. Y como me prometisteis rodeado de lo mas noble é ilustrado de Inglaterra, protegido por vuestros convidados, defendido por vuestros servidores... Pues ya lo veis, yo me encuentro solo y sin armas. . Haced lo que os he dicho, caballero!

ABERDIN. Insensato! olvidais?

TREBOR. Soltadla miserable; lo habeis oido?

ABERDIN. Esto es ya demasiado. (*Alto.*) Señores, os presento á Mis Liliás, que en breve será mi esposa.

TREBOR. Ya os he dicho, caballero, que dejéis la mano de esa jóven.

ABERDIN. Perdone V. A... (*Aparecen algunos criados.*) Ola! que se arroje de mi casa á ese insolente.

ALGUNOS CONVIDADOS. Sí; fuera! ; fuera!

TREBOR. Señores, debo advertiros que dentro de un momento, se pondrán de mi parte cuantos ahora me son contrarios

CROMWELL. Os atreveis á alzar la voz en mi presencia! Que derecho os asiste?

ABERDIN. Sí, que derecho?

TREBOR. Sir Aberdin ignora, ó al menos lo aparenta, que el honorable Federico Trebor, mi padre, juez en Edimburgo, crió en su casa como hija adoptiva á Mis Liliás. Qué derecho alegais para robarme á mi hermana?

ABERDIN. Quería guardar un secreto en el fondo de mi corazon, pero ya que me obligais á ello, hablaré. Señores, puedo manifestar con pruebas irrecusables, auténticas, que mis Liliás, es hija del matrimonio secreto, pero legítimo, de Lord Windall y de la hija de Arabela Stuard, condesa de Seymour.

LILIAS. Lord Windall mi padre!

FAVIO. (Ahora comprendo la jugada de mi depositario.)

ABERDIN. Por lo tanto, habiendo sido mi esposa hermana de Lord Windall soy el único y legal tutor de Mis Liliás. ¿Qué respondeis ahora, caballero?

TREBOR. Harto sabéis que la ley declara inhabilitado é indigno de su cargo al tutor que como vos abusa de su poder.

ABERDIN. Pero....

TREBOR. Hablad sin temor, Mis Liliás. ¿Es verdad que á pesar vuestro, sin tener en cuenta vuestro dolor y vuestra aversion hácia él, el noble, el ilustre Sir Aberdin, iba á llamaros públicamente su prometida?

LILIAS. En el nombre de Dios y por la veneranda memoria de mi padre.... sí...

TREBOR. Ya lo ois, señores: A todos os interesa, tendreis mujeres, hermanas ó prometidas. V. A. tiene hijas y le veo conmoverse.... Sir Aberdin, os encontráis pálido, porque vuestra conciencia os acusa. Me atrevo á asegurar, que ahora todos estarán de mi parte y en contra de ese hombre.

CROMWELL. ¿Callais, Sir Aberdin?

ABERDIN. De ningún modo, milord. Yo pido hechos, la acusacion solo consiste en palabras.

TREBOR. Hechos!! (Será preciso, Dios mio, llegar hasta el fin.) Voy á complaceros.... Sir Aberdin, mis Liliás no ha podido nunca corresponder á vuestros deseos, porque con libre alvedrio y firme voluntad se ha prometido á otro.

ABERDIN. Pues en ese caso, si mi pupila consiente en nombrar en voz alta, al noble caballero, su digno prometido, quedaré conforme.

TREBOR. Habla, Liliás, habla!

LILIAS. Su nombre?

TREBOR. Nada temas! ¡yo estoy aquí! ¡valor!!

LILIAS. Lo tendré porque tú me sirves de apoyo y de consuelo. Señores, mi prometido se llama Jacobo Talbot.

TREBOR. Jacobo Talbot!... El!... Imposible, Liliás; acaso ignoras?..

JACOBO. (Aparte á Trebor.) Me habeis jurado secreto.

LILIAS. (Id.) Me lo has prometido!

TREBOR. Dios mio! Dios mio!

ABERDIN. Y mi noble rival está aquí, Milord. ¿No le conocéis? miradle, es un aventurero perseguido por el denigrante crimen de haber malversado un depósito.

JACOBO. He venido á esta fiesta á entregarme públicamente y á reclamar justicia de V. A.

CHROMWELL. La obtendreis, caballero y cumplida, porque yo soy el juez y el tutor de todos. Vos, mis Liliás, condesa de Windall, sois hija de uno de mis mas encarnizados enemigos de otro tiempo; pero la valiente muerte de vuestro padre ha disipado todas las calumnias que se le imputaron. Vuestro tutor ha traspasado indignamente los limites de su poder. Yo os ofrezco un asilo en mi palacio al lado de mi esposa y de mis hijas.

LILIAS. Ah! señor, gracias!

ABERDIN. Y yo consiento, ya que la condesa de Windall ha osado confesar en voz alta que ama á un criminal.

TREBOR. Decid á un acusado, caballero. Soy su abogado y probaré su inocencia ante los tribunales.

ACTO TERCERO.

Representa el campo de Lincoln, á la izquierda una taberna con una muestra que diga «Taberna del oso blanco.» En último término una casa medio derruida. A la derecha un café con escalera exterior y con una muestra que diga «Café de Abdasab».

ESCENA PRIMERA.

SAMMI y unos cuantos obreros salen de la taberna. OBADIACH y BERTELL por el fondo; poco despues SIR ABERDIN, FAVIO, LUCIANO, y caballeros de la espuma.

SAMMI. *(A Bertell y á Obadiach)* Que tenemos, amigos míos?

OBADIACH. Victoria, muchachos! El Señor Trebor acaba de sacar sano y salvo de la prision á Jacobo Talbot. Viva el Sr. Trebor!

Todos. Viva!

BERTELL. En la taberna del oso blanco hay una cerveza deliciosa, echad un trago muchachos, mientras que tres ó cuatro vamos á buscar al Sr. Trebor en diputacion. *(Risas fuera)*.

OBADIACH. Hoy reina en el campo de Lincoln la mayor alegría, has oido como rien Bertell. *(Salen Aberdin, Favio, Luciano y caballeros)*.

FAVIO. Jacobo libre... Sir Aberdin habeis sido dos veces derrotado, vos el paladin mas terrible, el mas poderoso; ese abogado se porta, ja! ja!...

ABERDIN. Reid, señores, yo siempre rio el último.

FAVIO. Lo que es en esta ocasion no me comprometo á tomar por vos la revancha, ya voy cobrando miedo al Sr. Trebor

ABERDIN. La tomaré yo mismo, descuidad, no he venido aquí para otra cosa.

OBADIACH. Hablarán quizás del Sr. Trebor esos bribones... Voto á cribas!!

FAVIO. Mirad ! Ahí teneis los clientes de nuestro adversario, si estará él tambien con ellos.

BERTELL. No tardará en ponerse á vuestras órdenes , señores caballeros de la espuma.

FAVIO. Nosotros somos ; ¿ qué se ofrece ?

BERTELL. Son ellos !!

FAVIO. Sí. Cumpliendo con el decreto publicado, aquí nos teneis en claro dia y con el rostro descubierto.

BERTELL. Queríamos decir... habla tu, Obadiach.

OBADIACH. Ya se vé que hablaré. Es el caso...

FAVIO. Silencio. Escuchemos.

OBADIACH. Que tenemos mucho que deciros.

FAVIO. Y nada mas... quedamos enterados. *(Risas.)*

BERTELL. Oh ! si estuviera aquí el señor Trebor !...

FAVIO. Si estuviese , os lo devolveríamos intacto , pero puesto completamente en ridículo... es un famoso campeon de palabras : ¿ no es verdad, señores ?

BERTELL. No tardareis en verle.

FAVIO. Pues hasta entonces , entrad vosotros en la taberna á beber rancia cerveza, nosotros á donde se saborean ricos licores de Turquía.

OBADIACH. Buen provecho. Entrad en la taberna , muchachos..... Bertell en marcha.

FAVIO. Vamos, señores. *(Bertell y Obadiach vanse por el fondo, los demás á la taberna. Favio y caballeros al café.)* Os quedais, Sir Aberdin ?

ABERDIN. Voy al momento. Jacobo se acerca , viene acompañado: veamos lo que esto significa. *(Entra.)*

ESCENA II.

JACOBO, LILIAS, MARGARITA y ABACÜ.

ABACÜ. Por aquí, mis buenas señoras, por aquí.

LILIAS. Que elocuente, querida madre, ha estado Jorge ; qué admirable !

MARGARITA. Siempre habla con el corazon, hija mia.

JACOBO. *(Este es el sitio donde me espera Sir Aberdin.)*

LILIAS. Parece que estais pensativo, Sr. Jacobo. Qué teneis ? Hoy que debiais estar radiante de alegria por vuestro triunfo.

JACOBO. Os aseguro que...

ABACÚ. Aquella es la casa de la viuda de Dikson.

MARGARITA. Os suplico advirtais á esas pobres mujeres nuestra llegada. (*Vase Abacú.*)

LILIAS. (*A Jacobo.*) Habeis visto nunca un corazon mas hermoso que el de Jorge? Los pobres á quienes ha defendido y liberado se han reunido hoy para ofrecerle una pequeña muestra de gratitud, y él solo acepta este regalo para socorrer á los demás. (*A Margarita.*) Las bendiciones de esos seres que saca de la miseria las recojeremos nosotras madre mia. Cuán orgullosa podeis estar de vuestro hijo; cuánto puede tener la vida de dulzura lo dá á los demás, guardando para sí la parte del dolor.

MARGARITA. Tienes razon Liliás, el dolor, solo el dolor!

LILIAS. Hace poco me suplicaba con un acento muy triste que no le agradeciese lo que habia hecho. Pondrá acaso en duda mi amistad? La hija de Lord Windall no deja de ser una pobre huérfana. A instancias vuestras y de Jorge he aceptado la hospitalidad con que me brindó el Lord Protector. Deja él por eso de ser mi hermano? Dejais vos de ser siempre mi madre querida?

MARGARITA. Tu hermano! Tu madre! Sí, sí, tu corazon es hermoso, tu eres buena, pero no procures consolar á Jorge, porque todo seria inútil.

ABACÚ. (*Saliendo.*) Os esperan como á la Providencia.

MARGARITA. Vamos, Liliás. (*A Jacobo.*) Pronto volvemos, caballero.

LILIAS. (*Siguiendo á Margarita.*) Por qué serán inútiles mis consuelos? (*Entran en la casa Margarita, Liliás y Abacú*)

ESCENA III.

JACOBO, SIR ABERDIN, y un criado que permanece á bastante distancia.

ABERDIN. (*A Jacobo.*) Habeis cumplido vuestra palabra caballero y estoy satisfecho.

JACOBO. Sacadme de la ansiedad en que estoy Sir Aberdin. Oh! por favor, esplicadme si es un sueño lo que me habeis dicho en el tribunal.

ABERDIN. Es la realidad Jacobo. A mí no se me hurta impunemente. Antes de pronunciar el veredicto los jueces, os lla-

mé para enseñaros la prueba de vuestro crimen. Habeis implorado mi perdon y yo he consentido en que el tribunal os declarase libre por falta de pruebas, despues de haberme jurado vos que obedeceriais ciegamente mis órdenes y mi voluntad. Supongo que venis á cumplirme vuestra palabra.

JACOBO. Pero y esas pruebas ?

ABERDIN. No las habeis visto ? Es una cartera que encierra parte de los diamantes que se buscan, porque los billetes de banco han desaparecido.

JACOBO. Pero, señor, cómo os habeis hecho con esa cartera ?

ABERDIN. Quién puede saberlo.

JACOBO. Oh ! es imposible que el Sr. Trebor me haya hecho traicion. Sin embargo el depósito está en vuestro poder.

ABERDIN. Miradle. *(Sacando la cartera.)*

JACOBO. Qué es lo que vais á hacer ?

ABERDIN. Lo que me plazca. Ya veis que yo solo poseo el secreto de ese crimen.

JACOBO. Y Jorge Trebor tambien.

ABERDIN. Pero yo tengo la prueba.

JACOBO. El tiene otra.

ABERDIN. Otra !!

JACOBO. Si, una especie de estado de los valores sustraídos, escrito todo de mi puño y letra.

ABERDIN. *(Imprudente!)* Eso nada importa.

JACOBO. Pero en fin qué decidís ?

ABERDIN. Con esta prueba irrecusable pudiera muy bien volver á empezar vuestro proceso, pero nada temais, tan solo me contentaré por ahora con mostrársela á vuestra pura y confiada Liliás.

JACOBO. Oh ! mas que mil suplicios me aterra la idea de aparecer á sus ojos como un miserable ladrón.

ABERDIN. Ya ! sois de los que se resignan y habituan á la infamia cuando esta puede quedar oculta, pero que preferirian cien veces la muerte á la deshonra pública. Es un sentimiento muy natural y que comprendo perfectamente.

JACOBO. Entonces voy á ejecutar despues de mi libertad, lo que quise hacer antes de mi acusacion.

ABERDIN. Os matariais ?

JACOBO. A vuestra vista... Mi mano no vacilaria.

ABERDIN. Pero eso seria condenaros vos mismo, y Liliás y el mundo os juzgaria culpable.

JACOBO. Al menos no me presentaría á su vista deshonrado.

ABERDIN. Os tengo compasion, y al fin y al cabo llegareis á ablandarme.

JACOBO. (*Con orgullo.*) Caballero!

ABERDIN. Voy á salvaros.

JACOBO. A salvarme?

ABERDIN. Sí. No quiero que os suicideis.

JACOBO. Entonces qué exijís de mí?

ABERDIN. Que huyais.

JACOBO. Huir!

ABERDIN. Y sin ver á nadie, sin hablar una sola palabra. Mi gente os espera para conducir os al Támesis. Un buque del Estado va á hacerse á la vela para Francia. En él partireis.

JACOBO. Separarme para siempre de Lillias?

ABERDIN. Conoceis esta cartera?

JACOBO. Ah! disponed de mí!

ABERDIN. Me jurais no volver jamás á Inglaterra?

JACOBO. Os lo juro.

ABERDIN. Está bien. Archibaldo. (*Se acerca al criado y hablan bajo.*)

JACOBO. (*Desesperado.*) Qué me importa! Estoy perdido para siempre. Esta fuga es la mas infame de las cobardías.

ABERDIN. En marcha. Buen viaje, Sr. Jacobo.

JACOBO. Adios, Lillias! Adios para siempre. (*Vase con el criado.*)

ESCENA IV.

ABERDIN, solo.

Triunfó. Ahora venid cuando querais, Sr. Trebor; si Lord Windall os hubiera confiado mis cartas ya me hubieseis acusado; pero á que pensar en esto, no las tiene; la pesquisa que se ha hecho en su inviolable hogar, ha sido minuciosa y no se ha encontrado mas que esta preciosa cartera. Ah! le tengo en mi poder, y si es verdad que Jacobo le ha confiado el escrito que prueba su crimen; yo quiero vér hasta donde llega su probidad. Es muy probable que prefiera conservar el honor á vender el secreto de su cliente. Veremos, señor abogado, como rechazais la acusacion que os preparo. Qué dulce es el placer de la venganza. Aquí viene nuestro hombre; parece que le traen en triunfo sus admiradores. No

es ocasion oportuna. Alejémonos, no conviene que me vea.
(Vase.)

ESCENA V.

TREBOR, BERTELL, OBADIACH, GREGORIO, ABACÚ. Artesanos que salen de la taberna.

BERTELL. ¡Viva el Sr. Trebor!

TODOS. Viva!

TREBOR. Vamos, amigos míos, dejaos de aclamaciones; que he hecho yo para semejante ovacion?

OBADIACH. Queremos festejaros, porque sois nuestra Providencia, dígalo sino Jacobo á quien habeis salvado hoy.

TREBOR. Gracias á Dios he ganado la batalla (¡y mi eterno dolor!)

GREGORIO. Hablabais como si hubieseis sido el acusado. Debeis ser muy dichoso ¿no es verdad?

TREBOR. Oh! sí; muy dichoso!

BERTELL. A mi me habeis hecho llorar como un niño.

TREBOR. Pobre Bertell... Pero, amigos míos, hablemos del laudable pensamiento que habeis tenido.

BERTELL. Vais á rehusar?

OBADIACH. Oh! no: el señor Trebor aceptará, no lo dudeis.

TREBOR. Me vanaglorio de ello y lo acepto. Cómo me atreveria á desairar vuestra sana y leal intencion? Segun he llegado á comprender habeis reunido vuestros ahorros para poder hacerme un regalo. ¿Y en qué consistirá ese obsequio?

BERTELL. Aun no sabemos, señor, á que atenernos respecto al verdadero valor de la suma reunida. Entre todos hemos venido á recojer unos cinco mil ebelines. Estoy seguro que ninguno de nosotros ha visto nunca la mitad de la mitad de esa suma: ¿creéis, señor Trebor, que esa cantidad sea suficiente para hacer á un hombre rico?

TREBOR. Sí, mi buen Bertell, sí. Pero eso es demasiado para lo poco que yo he hecho por vosotros... veamos, no habeis pensado ninguno en la clase de regalo que tratais de hacerme? ¿Qué dice Gregorio el carpintero?

GREGORIO. Oh! señor Trebor, si á mi me creyesen os haria construir un palacio todo de cedro y de caoba.

TREBOR. Y tú Abacú?

ABACÚ. Yo habia pensado en unos titulos de nobleza.

SAMMY. Yo os ofrecería un guardarropa mas surtido que el del difunto duque Villier.

OBADIACH. Pues yo pondría á vuestras órdenes un regimiento para que le arengaseis desde la mañana hasta la noche.

BERTELL. Y yo para distraeros os regalaría un bosque lleno de caza de todas clases.

TREBOR. Oh! gracias, gracias amigos míos. Nada encontráis bastante rico para vuestro presente real, y ya que os empeñáis en que yo admita un testimonio de la amistad que me profesáis, ¿quereis que os diga con lo que me daríais mayor placer?

BERTELL. Nos sacaríais de un gran apuro: decidlo, señor, decidlo.

TREBOR. He notado que cada uno de vosotros ha escogido para mí aquello que hubiera preferido para si mismo. Es muy natural, pediais cómo para vosotros, pero á mí nada de lo que habeis dicho me hace falta. Un poco de consuelo y de alegría en el corazon es de lo que tengo necesidad. Os digo esto, porque únicamente cuando me encuentro, como ahora, rodeado de vosotros es cuando mi alma goza de alguna expansion. Pero, ¿á qué aflijiros? Acaso no somos hombres!

BERTELL. Ah! cuando veo sufrir... no puedo menos de...

TREBOR. Vaya! esto ha concluido... y tratemos de lo que importa.

Cada uno de vosotros se hubiera conceptuado dichoso viéndome aceptar sus ofrecimientos, pues bien, me aprovecho de vuestra amistad para enjugar las lágrimas á una desgraciada familia que ha sufrido un golpe terrible: consolándola, me consolais á mí. Para ella os pido el regalo que me ofrecíais; ya que mi felicidad no depende de vosotros, dejadme que goce haciendo la de mis semejantes.

ESCENA VI.

Dichos, FAVIO, LUCIANO, caballeros que salen del café.

FAVIO. Ola! buenas gentes, terminará pronto el sermon?

BERTELL. Los de la espuma! Vive Dios que si no fuera por respeto al Sr. Trebor, esa canalla de Satanás se habia de acordar de nosotros.

FAVIO. Cruda y encarnizada guerra nos habeis hecho; Sr. Trebor. Habeis defendido, contra nosotros la virtud, y para que veais que somos adversarios generosos, solo nos inspirais

lástima. ¡Qué oficio ha escojido, señores!... Qué oficio! Defendiendo siempre á la viuda que llora, ó al huérfano desamparado. Es tambien el domesticador de todos los pillos de la ciudad, y perora sobre el becerro de oro á gente que ignora á lo que sabe la carne de ternera.

BETELL. Nos insultan?

FAVIO. Infeliz señor Trebor, por compasion quisiera alegraros un poco. Como diablos os componeis para estar tan triste y tan serio.

TREBOR. Y qué haceis vos, conde Favio, para ¡estar siempre tan alegre y tan insolente? Es quizás divertido robar á una virtuosa jóven, pero no es cosa risible haber sido causa de la muerte de un hombre.

FAVIO. Ah! sí; el pobre Dikson. Y qué he de hacer yo?

TREBOR. Y qué han de hacer Milord, la viuda y los huérfanos de ese desgraciado. Vedlos, hácia aqui vienen. *(Todos se retiran y se ve á Liliás y á Margarita conduciendo á una muger y dos niños.)*

FAVIO. Oh!

TREBOR. Ahora permitidme que concluya el sermon. Deciamos, que no sabiais que hacer con el óbolo de vuestros ahorros, pues bien: en nombre de la caridad, os lo pido para esa pobre mujer y sus dos hijos! Vamos, vosotros á quien el infortunio y el sufrimiento enseña á ser caritativo, vosotros los pobres, socorred á los pobres! *(Trebor se quita el sombrero y todos van depositando en él monedas.)*

ALGUNOS POBRES. Sí, sí, tomad, señor, tomad!

TREBOR. *(A Favio y los suyos.)* No os está prohibido imitar á los pobres.

FAVIO. *(Conmovido.)* Voto á tal! Aqui está el resto de las mil libras. Mi tesorero Sir Aberdin me dará otras.

LUCIANO Y CABALLEROS. Tomad, tomad.

TREBOR. *(A la viuda.)* Eso os puede sacar de la miseria. Dad gracias á Dios porque os lo envía!

ESCENA VII.

Dichos. SIR ABERDIN: á poco JENNY.

FAVIO. Venid, venid, querido, á pagar vuestro tributo.

ABERDIN. Con mucho gusto, porque admiro tanto como vos el desinterés y la caridad, sobre todo, cuando esa virtud se ejerce sin hipocresía.

TREBOR. No queréis á los hipócritas, Sir Aberdin?

ABERDIN. Por vida mia, Favio, que os dejais vencer muy fácilmente por la elocuente palabra del Sr. Trebor. Yo, que de seguro soy menos elocuente que vos, veréis como no me dejo vencer tan pronto.

TREBOR. Probadlo.

ABERDIN. Recordaréis, Trebor, que os tomasteis entera libertad en mi casa y en presencia de toda la nobleza. No permitiréis que á mi vez use de los mismos derechos en presencia de los pobres, vuestros amigos?

TREBOR. Seguramente.

ABERDIN. Entónces contesté á todas vuestras preguntas. ¿Os atreveréis á contestar á las mías?

TREBOR. Si.

JENNY. (*Saliendo de los grupos.*) No... no...

TREBOR. Jenny! Que traes?... que pasa?..

JENNY. Señor... han ido á casa y han... y han... ah! no puedo.

BERTELL. Dejadme, yo la entiendo y podré explicar...

MARGARITA. (*Ap. á Trebor.*) Desconfía, hijo mío, ese hombre te tiende un lazo.

ABERDIN. Temeis que se publique la verdad?

TREBOR. No sabéis, madre mia, que el honor de vuestro hijo desafia toda mirada y todo odio. Hablad, caballero, hablad.

ABERDIN. La defensa que habeis hecho de Jacobo ha sido admirable, tanto, que no solamente habeis convencido de su inocencia á los jueces, sino á mi que era su acusador. Hay sin embargo una coincidencia rara, que no habeis hecho notar al tribunal, ni que quizás habeis notado; vuestras iniciales son las mismas que las de vuestro cliente y que aparecen en los papeles del conde.

TREBOR. Con efecto.

ABERDIN. Esto, como comprendereis, es una coincidencia que lo mismo puede perjudicar á Jorge Trebor que á Jacobo Talbot. Pero lo que hay de mas estraño en esta casualidad es que este año último habeis vendido algunos diamantes al judío Samuel.

TREBOR. Por eso estamos ahora pobres. Esos diamantes pertenecian á mi madre.

ABERDIN. Bien podrá ser, pero las piedras no llevan la marca de su dueño. Y que me diriais, si por otra casualidad se hubiese hallado la cartera con las armas de Lord Windall ?

BERTELL. Si, si, ha cometido una infamia...

TREBOR. Diria que á Jacobo Talbot le tocaba contestar.

ABERDIN. No se trata aquí ahora de Jacobo Talbot, que está en libertad. Ya que habeis probado su inocencia, como probareis la vuestra?

TREBOR. La mia !

ABERDIN. La vuestra. Por otra de esas casualidades tan frecuentes, la cartera en cuestion ha sido hallada en presencia de testigos, en vuestra casa. Vedla.

TREBOR. Ah !

BERTELL. Miserable.

MARGARITA. Mi hijo !

LILIAS. Jorge.

ABERDIN. Y segun he podido ver aqui falta por valor de mil escudos de oro. Si quereis vos mismo examinar?..

TREBOR. Dios mio! Pero y Jacobo, Jacobo!.. Donde está ese desgraciado ?

ABERDIN. Jacobo Talbot, ha salido con direccion á Francia.

MARGARITA Y LILIAS. Oh !!

TREBOR. Miserable! (No la ama entónces) Pero es verdad que sospechan de mi? Madre mia !... Lillas !... Me creereis capaz de semejante infamia ? Ah! para justificarme no tengo mas que decir una palabra.

LILIAS. Dila, Jorge?

MARGARITA. Oh! si; habla hijo mio.

BERTELL. Hacedlo por Dios.

LILIAS. Conoces al culpable, Jorge, no es verdad ?

TREBOR. Ah! si... le conozco.

(Sacando el papel que le entregó Jacobo.)

ABERDIN. Nombradle entónces, abogado integro.

BERTELL. Si, confundid á ese miserable.

TREBOR. (Silencio, Spartiato sufre sin quejarte... has empeñado tu palabra y debes cumplirla !)

ABERDIN. No le nombráis, confidente leal !

LILIAS. Df.

MARGARITA. Habla.

ABERDIN. Quién es ?

TREBOR. Que me juzguen. (*Rompiendo el papel.*)

No quiero, no debo nombrarle.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto primero. Es de noche. Sobre la mesa de la izquierda una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

JENNY, BERTELL, SAMMY, ABACÚ, hombres y mujeres del pueblo agrupados en la puerta del fondo.

BERTELL. Silencio, no hagais ruido. El señor Trebor descansa en este momento, su madre no le abandona un solo instante.

SAMMY. Pero corre algun peligro? La fianza que hemos dado por él no es válida?

BERTELL. Fué aceptada por dos semanas tan solo. Hace tres dias espiró el plazo y se teme que de un momento á otro vengan á prenderle. Oh! pero yo estoy seguro que el señor Trebor hará brillar tan clara su inocencia como la luz del sol.

SAMMY. Pero y las pruebas? Cuando el diablo se mezcla en estas cosas...

BERTELL. No os dé cuidado, nuestro querido protector sabe tanto ó mas que el diablo. Ese maldito Talbot se ha empeñado en no contestar á las cartas que se le han dirigido. Ya es hora de que despachen el correo de Francia, vámonos, amigos míos, yo quedo en el encargo de decirle que habeis estado aquí. Hasta luego, Jenny, pronto vuelvo. (*Vanse*)

ESCENA II.

JENNY, LILIAS.

JENNY. Dios mio ! cuanto sufro ! Ah ! Mis Lillas, vos aquí ?

LILIAS. Si, quiero verle, quiero hablarle , entrad amiga mia, entrad y anunciad á Jorge y á mi madre esta visita

JENNY. Habeis venido al fin !..

LILIAS. Oh ! sino he venido antes no ha sido mia la culpa. El Protector ha hecho que sea su palacio para mi una prision, y hasta ahora no he podido burlar la vigilancia de mis guardias, decidse asi, Jenny... pero ahora recuerdo que vos no me comprenderéis, pobre niña.

JENNY. Si , señora. En este corto tiempo que ha transcurrido he aprendido bastante. Bertell , mi prometido, me ha ayudado. Antes solo comprendia , pero ahora ya puedo dejarme entender.

LILIAS. Pues bien, entrad.

JENNY. No puede ser.

LILIAS. Preferís que entre sin prevenirles ?

JENNY. No.

LILIAS. Cómo ! qué decís ?

JENNY. Vuestra presencia haria sufrir al señor Jorge y yo debo evitarlo.

LILIAS. Acaso cree que le he abandonado ?

JENNY. No amais á Jacobo Talbot ?

LILIAS. Y en que puede ese amor afectar á Jorge ?

JENNY. Le recordariais su afrentosa acusacion.

LILIAS. No comprendo lo que quereis decir, pero vos sois buena, amais á mis amigos , conocéis sus sentimientos y podeis explicármelo todo. Oh ! no tenia en el mundo mas que esos dos corazones que me amasen , si ellos me abandonan , que será de mí ? Soy muy desgraciada !

JENNY. Desgraciada vos ! Imposible. Os aman , porque mereceis ser amada. Sois hermosa y noble. Sin duda alguna vuestro buen corazon no os ha dejado ver el secreto del culpable.

LILIAS. Quién es el culpable ?

JENNY. Quién ha de ser... Jacobo Talbot.

LILIAS. Oh ! imposible !.. Imposible !

JENNY. Si no lo fuera, como se hubiera encontrado aquella carta en esta casa ?

LILIAS. Dios mio ! Dios mio !

JENNY. Unicamente Jacobo , puede haberla entregado al señor Trebor.

LILIAS. Oh ! si, eso debe ser, no hay duda: una venda cubria mis ojos, ahora veo claro, la fuga del uno , el silencio del otro... Pero cuando Jacobo sepa que Jorge es acusado, vendrá, escribirá...

JENNY. Lo sabe y sin embargo, ni ha venido, ni ha escrito.

LILIAS. Pero esa es la mayor de las infamias , la mas baja de las cobardías. Nosotras hablaremos.

JENNY. Y que es lo que podemos decir ?

LILIAS. Oh ! nada. Jorge ha destruido las pruebas de su inocencia. Es un mártir, un héroe de la probidad, prefere su conciencia á su honor. ¡ Cuanto te admiro, hermano mio ! Ahora mas que nunca quiero verle, quiero hablarle. (*Dirigiéndose hácia la puerta.*)

JENNY. (*Interponiéndose.*) No puede ser, señora.

LILIAS. Quiero decirle: «Jorge, no sé si he amado á Jacobo, pero estoy segura que ya no le amo, que despues de esta accion le aborrezco.» Esto será suficiente para mí.

JENNY. Pero no para él.

LILIAS. Por qué ?

JENNY. Porque...

LILIAS. Hablad... por qué ?

JENNY. Porque os ama.

LILIAS. Quién ? Jorge, Jorge me ama ?

JENNY. Podeis decirle que vos tambien le amais ? Si es asi, entrad.

LILIAS. Pero no es un sueño ? Como habeis podido penetrar en su alma , leer en su corazon ?..

JENNY. Oh !

LILIAS. Habladme como á vuestra hermana. Tambien sufris vos !

JENNY. No, en este momento no sufro. Estoy satisfecha porque - he hecho lo que debia , lo que queria hacer. Yo debo casarme con Bertell , un pobre muchacho de mi pais, pero que tiene excelentes sentimientos. Al llegar á Lóndres me ha destumbrado su magnificencia, y cuando he conocido al señor Trebor , se ha conmovido todo mi sér ante ese hombre valiente , grande y bueno como un ángel. Escuchadme, mis Liliás. Todas las tardes en mi pais iba á la fuente por agua,

cuando me retiraba habia en el cielo una estrella refulgente y clara cuya luz purisima llenaba de placer mi alma; yo admiraba aquel astro, aun sabiendo que no podia pertenecerme. Pues bien, aquella estrella ha sido para esta desdichada la imágen del Sr. Trebor.

LILIAS. Hermana!

JENNY. Este secreto es menester que muera con vos, á nadie lo he confiado. Y sabeis por qué os he hecho esta revelacion? Porque es preciso que le ameis, él os adora con toda su alma, haceldle dichoso, á mi me quedará el consuelo de haber hablado una vez en favor de aquel ser que de continuo habla en pro de los demás. Oh! Mis Lilias! permitidme que sea la pobre antorcha que despues de haber alumbrado los desposorios de dos almas, se extingue y apaga sin dejar ningun recuerdo.

LILIAS. Hermana de mi corazon! (Se abrazan.)

ESCENA III.

Dichos. OBADIACH.

JENNY. Oh! Obadiach!

OBADIACH. Perdonadme. El señor Trebor me ha dado dos comisiones que cumplir; la primera llevar una carta al Protector, para que en su presencia le juzgue el lord gefe de justicia, segun su derecho de abogado. La segunda es mas dolorosa, quiere el Sr. Jorge que yo sea quien le conduzca á su prision, encargándome que le avisase una hora antes, pues como su madre no se aparta un momento de su lado, solo con verme me comprenderá y tomará sus disposiciones. Este caso ha llegado y vengo á prevenirselo.

LILIAS. Y ha de ser esta noche?

OBADIACH. Si señora.

JENNY. Sin duda os ha oido Obadiach, hácia aqui viene.

LILIAS. (A Jenny.) Oh! que no me vea. Acompañadme, deseo hablaros un momento. (A Obadiach.) Hasta luego. No le digais que me habeis visto. (Vanse Lilias y Jenny.)

ESCENA IV.

OBADIACH.

OBADIACH. Voto al demonio! cuando se trata de andar á ciñtara-zos á diestro y á siniestro maldito lo que me importa, pero eso de venir á prender á un amigo... venir á matarle con una sola palabra. Oh! lo confieso no tengo valor.

ESCENA V.

OBADIACH, TREBOR, despues MARGARITA.

TREBOR. (*Dirigiéndose á la ventana izquierda.*) Y mi buen Bertell que no llega! Oh! la agonía es cien veces peor que la muerte!... (*Margarita entra precipitadamente: al ver á Trebor se queda inmóvil siguiendo con la vista todos sus movimientos.*) Mi madre!! (*Viendo á Obadiach.*) Ola, mi buen amigo, os esperaba. No ha venido nadie, no ha vuelto Bertell?

OBADIACH. Hace poco que se han retirado vuestros pobres. Bertell ha ido al correo.

TREBOR. Y nadie mas ha venido?

OBADIACH. Nadie.

TREBOR. (Ah! Liliás! Liliás!) Entrais esta noche de servicio, Obadiach?

OBADIACH. Si, señor.

TREBOR. A que hora?

OBADIACH. A las ocho.

TREBOR. En Withe-Hall por supuesto?

OBADIACH. Cerca de Milord Protector.

TREBOR. (Comprendo.) No quiero deteneros mas, amigo mio, id y sed exacto... ¡Ah! ¿decidme qué hora es?

OBADIACH. El sol acaba de hundirse en su ocaso.

TREBOR. Gracias. (*Vase Obadiach.*)

ESCENA VI.

TREBOR Y MARGARITA.

TREBOR. (Antes de pocos momentos vendrán á buscarme! ¿Cómo alejar á mi madre de este sitio?) Porque queréis estar continuamente á mi lado? Reposad un rato, el sueño tranquilizará vuestro fatigado espíritu. Oh! no paseis cuidado por mí. Jacobo no será tan cobarde, vendrá. El asesino no dirige el puñal á su salvador. Vamos, madre, descansad un momento.

MARGARITA. No, hijo mio, no me apartaré de tu lado : si sales saldré contigo y si te quedas me quedaré.

TREBOR. Pero si hace dos noches que no dormís; que velais á la cabecera de mi lecho, como si estuviese enfermo.

MARGARITA. Crees acaso que no lo estás?

TREBOR. Se muy bien que tengo fiebre, y apenas respiro porque falta á mi pecho el aire del alma, el honor. Oh! pero yo me curaré.

MARGARITA. Cual es tu designio, que piensas hacer?

TREBOR. Espero á Bertell, ya habrá llegado el correo de Francia, y con él el término de vuestra inquietud.

MARGARITA. Y si esa esperanza te falta, qué harás, Jorge?

TREBOR. Madre mia!... como envidio ahora á esos pobres á quienes todos compadecen. Sufrir el hambre, el frio, la miseria, vagar errante sin casa ni hogar. Oh! que importa, cuando se tiene la verdadera riqueza, el justo renombre de hombre honrado : y haberme arrebatado esa aureola de mi frente....

MARGARITA. Pero aun no me has dicho lo que piensas hacer?

TREBOR. Qué hubiera hecho mi padre? Magistrado sin mancha, si desde el cielo viera á su hijo en el banco de los acusados, cual seria su sentencia? Me condenaria siendo inocente, pero oh! no! no! y las pruebas, las pruebas.... mi cabeza se arde; me siento morir.

MARGARITA. Morir! que estás diciendo, orgo?

TREBOR. Acaso porque respiro, creéis que existo? No; lo que resta de vuestro hijo no es mas que la tumba de su orgullo, de su talento y de su amor. Las campanas no doblan tan solo por los muertos madre mia, tambien tañen por mí; yo no vivo porque estoy deshonorado.

MARGARITA. Quieres matarte y matarme, desgraciado?

TREBOR. El suicidio es una desercion y yo no soy de los que huyen. Lucharé, sí; lucharé hasta lo último, esperaré resignado el desenlace. Dios me dará fuerza.

BERTELL. (*Dentro.*) Señor Trebor! Sr. Trebor!

MARGARITA. Bertell! Aquí está Bertell.

ESCENA VII.

Dichos. BERTELL.

TREBOR. Solo.

BERTELL. Os traigo una carta.

MARGARITA. (*Tomándola.*) De Francia! Léela, Jorge, léela pronto.

TREBOR. No sé que oculto presentimiento me hace temer que en este pliego se encierra algo infame. (*Leyendo.*) «He visto con dolor y una indignacion profunda, que Sir Aberdin ha vuelto contra vos el arma emponzoñada con que no ha podido alcanzarme: resignaos como yo lo he hecho, y esperad con toda confianza la acusacion y el juicio. Para salvaros contaís con vuestra intachable reputacion y vuestra admirable elocuencia.

MARGARITA. Nada mas?

TREBOR. (*Mostrándole la carta.*) La firma «Jacobó Talbot.»

TREBOR. ¡Poder del cielo! No contento con haberme robado la felicidad hoy me roba el honor! La fuerza del hombre tiene sus limites, y ya no es posible que sufra sin lanzar un grito de cólera y de dolor.

MARGARITA. Conviene al fin en que Jacobo es el culpable.

BERTELL. Si quisierais hablar!...

TREBOR. Calla! Gracias á Dios no lo hice cuando podia.

BERTELL. Y ahora ni podeis, ni quereis. Ah! no se puede hacer bien á nadie!

TREBOR. A nadie! á nadie! Eh! Dejadme! Os digo que me dejéis.

BERTELL. Perdon, señor Trebor, perdon. Yo lo decia... porque... pero una vez que os estorbo... ya me voy... ya me voy...

TREBOR. Bertell! el dolor me ha ofuscado, perdóname. Ve á reunirme con Obadiach. no lo abandones en toda la noche.

BERTELL. Sereis obedecido. (*Vase fondo.*)

ESCENA VIII.

TREBOR. MARGARITA.

TREBOR. También necesito vuestro perdón, madre mía. Os he asustado, tranquilizaos.

MARGARITA. Lo que me tiene asustada no es tu cólera, es tu peligro!

TREBOR. Mi peligro! Os aseguro que no corro ninguno. Estoy hasta animado, no lo veis, madre mía. Haré lo que me aconseja esa carta, me defenderé.

MARGARITA. De veras?

TREBOR. Os prometo que no dejaré que asesinen mi honor sin oponer una defensa terrible. Ahora que estais mas sosegada, podriais descansar algunos instantes!

MARGARITA. Lo que tratas es de alejarme de tu lado!

TREBOR. Pues bien; no os separéis de mí, conversaremos o leeremos. Queréis que tome vuestra Biblia, madre mía? Hablemos con Dios y él nos iluminará!

MARGARITA. Si, eso es, lo que quieras, lo que mas te agrade, con tal de que no te separes de mí!

TREBOR. (*Leyendo.*) «La madre de los Macabeos viendo en un día morir á sus siete hijos, sufría con valor, porque en Dios tenía puesta toda su esperanza. Y exortaba á sus hijos en la lengua de sus padres, uniendo el valor del hombre á la ternura de la mujer.» Y les decía así: «No he sido yo quien os ha dado la vida y el alma, ha sido el Criador del mundo. El, pues, os devolverá el alma y la vida, si olvidándoos de vosotros mismos, pensais en su santa ley!...»

MARGARITA. Porque me has leído este pasaje? ¿No me has dicho que no tenía necesidad de valor?

TREBOR. He abierto el santo libro al azar, madre mía! Tranquilizad vuestra alma. Aunque no sea mas que una hora entregaos al descanso.

MARGARITA. Pero... y tú?

TREBOR. No os abandonaré... Me sentaré aquí á vuestro lado, de modo que cuando despertéis, vuestra primera mirada me encontrará.

MARGARITA. Pues bien, dame tu mano, la tendré estrechada entre las mías.

TREBOR. Tomadla. Hace muchas noches que no dormis con sosiego; el sueño os rinde, y la fatiga cierra vuestros párpados. Dadme vuestra bendicion y dejad á mi voz que os acaricie y á mi corazon que os guarde.

MARGARITA. *(Adormecida.)* Dios mio! Vela por mi adorado hijo.
(Pausa.)

TREBOR. Descansa tú... reposa y duerme, alma querida y maternal.
(Separa su mano con mucho cuidado de la de Margarita.)
Ya los oigo... vienen á buscarme. Tú sueña con mi libertad.
(Aparece en el fondo Obadiach con algunos soldados. Trebor al verlos les señala á su madre dormida suplicándoles por señas que guarden silencio: toma su capotillo y su sombrero y se dispone á marchar. Cuando está cerca de la puerta se detiene; como asustado de una idea repentina, vuelve hasta donde está su madre, toma la Biblia, la ojea hasta buscar la página que ha leído antes, dejando el libro de modo que la primera mirada de su madre vaya á fijarse en él. Despues se arrodilla, besa el extremo del vestido de Margarita, se levanta conteniendo las lágrimas que le ahogan y se aleja de espaldas, para perder lo mas tarde posible de vista á su madre: llega á la puerta, estrecha con efusion la mano de Obadiach y sale por el fondo. Todos le siguen.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Representa el teatro, salon en el palacio de Withe-Hall, puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

CROMWELL y LILIAS.

LILIAS. Estoy segura, Milord, Jorge Trebor no es culpable.

CROMWELL. Quien puede serlo entónces? Sospechais de álguien?

LILIAS. Yo no acuso á nadie, os he buscado para justificar al que ha sido mi hermano, para deciros: señor, Trebor no es culpable.

CROMWELL. Escuchadme, mis Liliás. Tambien yo creía en la inocencia de ese hombre, habia creido reconocer en su acento el eco de una alma grande, parecia que iba á aniquilar con el ascendiente de su vida irreprochable al arrogante Sir Aberdin, pero despues...

LILIAS. Oh! no lo dudeis, el siempre será el mismo.

CROMWELL. Dentro de un momento y en este mismo salon se encontrará frente á frente con su acusador; que presento las pruebas de su inocencia y vereis como Oliverio Cromwell le tiende su mano protectora y castiga con severidad al que ha querido mancillar su honra.

LILIAS. Esa es la ironía de la suerte. Trebor no puede presentarlas, porque no es traidor.

CROMWELL. Dispensadme, los jueces únicamente pueden absolver ó condenar por las pruebas.

LILIAS. V. A. está acaso en pro de Sir Aberdin?

CROMWELL. Yo estoy por la verdad, señora.

UN UGIER. (Anunciando.) Sir Aberdin.

CROMWELL. Señora... (*Ofreciéndole su mano.*)

LILIAS. (Que va á pasar aqui, Dios miol Oh! no quiero saberlo.)
(*Vase derecha.*)

ESCENA II.

CROMWELL, SIR ABERDIN despues **TREBOR** y **OBADIACH.**

CROMWELL. Milord.

ABERDIN. Creia que V. A. me habia mandado llamar para la convocacion del nuevo Parlamento, pero el lord Gran Juez me ha dicho que era para terminar el negocio de Trebor.

CROMWELL. Con efecto. (*Al uqier.*) Que entre el prisionero.
(*Aparece Trebor con Obadiach y dos soldados. Trebor saluda y se detiene delante de Sir Aberdin. Obadiach hace señas á los soldados y estos se retiran.*)

TREBOR. Gracias porque habeis acudido á mi llamamiento.

CROMWELL. Ya conoceis los graves cargos que contra vos resultan. Os presentais aqui como inocente ó como culpable?

TREBOR. Como inocente.

CROMWELL. Conocereis al verdadero culpable?

TREBOR. Sí.

CROMWELL. Quereis nombrarle?

TREBOR. No.

CROMWELL. Ya comprendereis, señor Trebor, que para declararos inocente necesitamos pruebas; no podeis presentar alguna que sea en vuestro favor?

TREBOR. Imposible.

CROMWELL. Y no teneis nada que alegar en vuestra defensa?

TREBOR. Nada.

CROMWELL. En este caso no tenemos mas recurso que condenaros.

TREBOR. (*Con intencion.*) Por casualidad, el noble, el poderoso Sir Aberdin no tiene algo que decir en favor mio?

ABERDIN. Yo?... vuestro acusador. Yo á quién habeis ultrajado delante de mis amigos... Yo, á quién habeis arrancado injuriosamente la tutela de Mis Liliás... Yo en fin vuestro mas encarnizado enemigo iria á tenderos la mano? Sois un insensato.

CROMWELL. Milord, ved que aqui lo que se pide es únicamente vuestro testimonio y nada mas.

ABERDIN. Muy pocas palabras voy á decir respecto al enojoso

asunto que está llamado vuestra alteza á resolver. En presencia del Sheriff, en casa del honorable Jorge Trebor se ha encontrado la cartera sustraída á mi pariente Lord Windall. El acusado, con un silencio menos hábil que sus palabras, ha querido suponer que el verdadero culpable es Jacobo Talbot, su cliente y á quien habia salvado. Cuando le acusé en medio de sus amigos, hizo pedazos una pretendida prueba de su inocencia que tenia en la mano, y que estoy seguro no era otra cosa que el primer pedazo de papel que encontró al acaso. Jacobo está lejos y se calumnia á los ausentes con facilidad. Esto es cuanto tengo que decir.

TREBOR. Sir Aberdin, sois inexorable. No es noble ensañarse con un hombre que os ha podido ser útil en otro tiempo.

ABERDIN. Si apenas hace dos meses que os conozco. Como decís?

TREBOR. Si V. A. me lo permite ayudaré la memoria de mi acusador, que, segun parece, no es muy feliz.

CROMWELL. Podeis hablar, caballero.

TREBOR. Gracias, Milord. ¿Os acordais, Sir Aberdin, de la época en que abrazásteis la causa del Parlamento cuando vuestro cuñado, Lord Windall, fué conducido ante el tribunal de Edimburgo como culpable de un crimen de alta traicion? ¿No os hallábais á la sazón en aquella ciudad?

ABERDIN. Pudiera ser... pero...

TREBOR. Hubo una circunstancia en el proceso de vuestro pariente que debereis recordar. Lord Windall era un excelente soldado, pero un orador mediano y tuvo necesidad de un abogado. Ignoro si por temor, ú otra causa cualquiera, ninguno se atrevió á tomar á su cargo la defensa del acusado.

ABERDIN. Esos detalles... no sé á que puedan conducir.

TREBOR. A mucho; vais á saberlo. Segun tengo entendido no asististeis á la audiencia en la cual el hermano de vuestra esposa se vió tan indigna y cobardemente abandonado. Lo que, indudablemente habrá llegado á vuestra noticia, es que un jóven recién llegado de Oxford, y desconocido en aquel tribunal, se abrió paso entre la multitud y obtuvo el honor y el peligro de defender al Conde. Vuestro pariente, que era un hombre honrado, dudaba en justificarse, porque era preciso para hacerlo acusar á uno de sus parientes mas cercanos. Lord Windall conocia al traidor y guardaba las pruebas de su inocencia.

ABERDIN. (Gran Dios!)

TREBOR. Creo, Sir Aberdin, que esta verdadera historia os va interesando, no es verdad?... El desconocido abogado defendió á su cliente con toda su conviccion y con toda su energía. El tribunal exigia los nombres y los hechos, y como el conde continuaba dudando, el jóven defensor pidió y obtuvo una suspension de 24 horas, obligándose, si no podia vencer los escrúpulos de Lord Windall, á salvarle á pesar suyo, presentando al tribunal las cartas del verdadero culpable que el conde le habia confiado.

ABERDIN. *(Con inquietud.)* Y ese abogado desconocido... ese defensor, erais vos caballero?

TREBOR. Si la memoria no os ha hecho traicion, nadie mejor que vos puede decirnos lo que pasó á la noche siguiente. El verdadero culpable, que disponia de poderosos medios de accion, hizo que el prisionero se fugase, y al otro dia, mientras que en Edimburgo se condenaba á muerte por contumaz al Conde de Windall, este luchaba y caia en Dunbar como un valiente soldado que no habia merecido la nota de traidor.

ABERDIN. Sois vos ese defensor?

TREBOR. Y aun cuando lo fuese...

ABERDIN. Habriais prestado un gran servicio, no á mí, sino á uno de mis parientes y entonces...

TREBOR. Entonces...

ABERDIN. Yo rogaria á S. A. que se os perdonase.

TREBOR. Es que yo no quiero que se me perdone.

ABERDIN. Desistiré desde luego de mi acusacion.

TREBOR. Y el gran juez la renovaria. Insensato, con desistir no probais mi inocencia.

ABERDIN. Y vos, cómo la probareis?

TREBOR. No he concluido aun... tengo mas que decir...

ABERDIN. *(Muy asustado.)* Quereis perderos! callaos! ..

TREBOR. Yo!... Creeis?...

ABERDIN. Trebor no es culpable, Milord, yo lo creo, yo sé que no lo es...

CROWWELL. Quién puede serlo?

ABERDIN. Jacobo Talbot.

TREBOR. Oh! Sir Aberdin, vos lo habeis dicho: con facilidad se calumnia á los ausentes.

CROWWELL. Una prueba, caballero, una prueba de lo que decís?

ABERDIN. *(Ap. á Trebor.)* La habeis destruido! Insensato!

TREBOR. Vos lo habeis dicho tambien , era el primer pedazo de papel que encontré al acaso.

ABERDIN. Ya encontraremos otra. Busquemos... ayudadme.

TREBOR. Ese es negocio vuestro , solamente vuestro... Pero sir Aberdin , es cosa singular que siendo vos el acusador esteis temblando.

ABERDIN. (A Cromwell.) Yo respondo de Trebor. Vuestra Alteza no cree en mi testimonio?

CROMWELL. En cuál de los dos?... En el de ántes , ó en el de ahora ?

ABERDIN. Pero bien vé V. A...

CROMWELL. Lo único que yo veo es que el señor Trebor es dueño de un importante secreto que os llena de espanto. Hace muy poco creia tener delante de mí á un culpable , ahora creo que son dos.

ABERDIN. (¡Estoy perdido!)

TREBOR. Ya he dado razon á V. A. de mi acusador.

CROMWELL. Es verdad. Pero la acusacion pendiente, caballero?

TREBOR. A ella voy. Tengo la palabra de V. A. de ser mi padrino contra ese hombre.

CROMWELL. Así os lo prometí , y así estoy dispuesto á cumplirlo.

TREBOR. En el sangriento duelo que la fatalidad ha hecho que se empeñe , todo lo he arriesgado y perdido ; todo lo perderé sin lanzar una queja, pero mi honor... Oh ! eso no. Jugador terrible quiero esponer al azar mi vida...

CROMWELL. Qué decís?

TREBOR. Existe en mi pasado un secreto formidable , secreto que podia perderme, y que hoy viene á salvarme. Sépalo V. A.: hace tres años que por haber cumplido con mi deber estoy sentenciado á muerte.

CROMWELL. Sentenciado á muerte?

TREBOR. El abogado desconocido que respondió al tribunal de Lord Windall , no desapareció como él ; fué tratado como cómplice y condenado á muerte por contumáz. Ese defensor soy yo. Se me condena hoy á prision por un delito infame que no he cometido ; en lugar de esa pena infamatoria, demandando en justicia que se me rehabilite en el cadalso!

CROMWELL. La justificacion es heroica , caballero... pero yo no debo aceptarla.

TREBOR. Que no debe V. A. aceptarla ?

CROMWELL. No. El pliego que me habeis entregado , sin duda

alguna contiene el testamento de Lord Windall y este debe probar vuestra inocencia y la del conde.

TREBOR. Pero no conoce V. A. que si soy declarado inocente, la acusacion de Sir Aberdin me llenaria de infamia.

CROMWELL. Trebor, dejadme abrir ese pliego aunque no sea mas que para anonadar á ese hombre.

TREBOR. Tengo la palabra de V. A. No es ese hombre el que me ha denunciado, he sido yo mismo.

CROMWELL. Oh! pero si yo quiero os denunciará.

TREBOR. No, no: V. A. comprenderá que trato de defender mi honor con mi peligro. Además tengo que aniquilar é imponer castigo á otro malvado. Espero que sufra el vil y el cobarde y le quiero condenar á que sea testigo de mi muerte.

CROMWELL. Pero esa sentencia de muerte no la habeis merecido?

TREBOR. Me creo digno de ello, Milord.

CROMWELL. Bien, Trebor, bien; os he comprendido. No se dirá nunca que no habeis encontrado á Oliverio Cromwell á vuestra altura. Teneis algo mas que pedirme?

TREBOR. Deseo se me conceda el tiempo necesario para que un enviado pueda ir á Francia y regresar.

CROMWELL. Bien. Hasta ese dia quedais en completa libertad y haremos publicar por todas partes el motivo porque que-
reis morir.

TREBOR. Sir Aberdin, ya me he vengado bastante de vos. Vivid...
Mi profesion es defender, no acusar.

ABERDIN. Habeis querido asustarme, esloy seguro, lo veo bien.

TREBOR. No, desgraciado! Veis muy mal.

CROMWELL. Sir Aberdin deseo hablaros, seguidme... Consiento, señor Trebor en vuestro sublime sacrificio. Cuando marcheis al cadalso quiero que todo Lóndres sea testigo; y yo, sombrero en mano, os saludaré en vuestro camino como al héroe del valor civil y al mártir del honor. Hasta ese dia, caballero!

TREBOR. Hasta entónces, y gracias por vuestra bondad, Alteza.
(*Vanse Cromwell y Sir Aberdin.*)

ESCENA III.

TREBOR, OBADIACH, BERTELL, á poco LILIAS.

TREBOR (*Llamando.*) Obadiach.

OBADIACH. Presente. Bertell! Oh! me faltan las fuerzas y sino fuera por la consigna!...

BERTELL. Señor, señor, defendeos: no nos dejéis sin amparo, por vos, por vuestra madre, por todos nosotros á quienes llamáis vuestros hijos.

LILIAS. (*Saliendo*) Por mí, Jorge, que te admiro. Por mí, que te habia soñado y que te he desconocido. Por mí... que te amo.

TREBOR. Lilias! será cierto lo que oigo. Oh! entónces quiero vencer, quiero vivir. Lucharé hasta el último momento. Amigos, estais dispuestos á sacrificarlo todo por mí?

BERTELL. Mandad.

TREBOR. Os atreveis á hacer todo lo posible!

OBADIACH. Sí.

BERTELL. Y lo imposible tambien!

TREBOR. Es preciso marchar á Calais.

BERTELL. Cuántos hemos de ir... quinientos?

TREBOR. Diez hombres bastan!

BERTELL. La goleta de Dustan está ahí.

TREBOR. Y puede hacerse á la vela?

BERTELL. Dentro de media hora.

TREBOR. Pues bien, Bertell, mi buen escocés, Jacobo se niega á venir, vé tú á buscarle.

BERTELL. Lo haré como decís.

TREBOR. Y si rehusase?

BERTELL. Se le trae á la fuerza.

TREBOR. Y si grita, si pide auxilio?

BERTELL. Se le amordaza.

TREBOR. Y si se resiste?

BERTELL. Se le ata.

TREBOR. Oh! no le hagas daño, Bertell, le necesito sano y salvo.

OBADIACH. Como queráis.

BERTELL. Para qué dia ha de estar aquí?

TREBOR. Para el dia de mi ejecucion.

BERTELL. No faltará!

TREBOR. Oh! que esté allí, que me vea. No quiero acusarle, únicamente le miraré. Me verá pasar, me verá morir. Corre, Bertell. Tengo derecho para atormentarle con mi suplicio; ya que se obstina en su infame silencio, me presentaré á él como el espectro de su conciencia... Bertell, no te vengas sin él.

BERTELL. Descuidad.

TREBOR. Ya que aquel dia seré el héroe del espectáculo, quiero tener á Jacobo Talbot de espectador.

FIN DEL ACTO QUINTO.

ACTO SEXTO.

Plaza de Charing-cross. Al fondo una ancha escalera que conduce al palacio de Justicia. Al levantarse el telon, aparece alguna gente del pueblo que atraviesa la escena, en la escalera hay sentados algunos y otros van llegando y formando grupos.

ESCENA I.

ABACÚ, SAMMY, con algunos del pueblo.

ABACÚ. Pero es posible que el Sr. Trebor que hace una hora estaba libre, como tú y como yo, se haya empeñado en morir él mismo á todo trance? Y hemos de consentirlo?

SAMMY. El sacrificio es sublime. Si no muere, por la desercion de ese infame Jacobo quedará deshonrado, y él prefiere mil veces la muerte á la deshonra.

ABACÚ. En hombres como el señor Trebor, la muerte es la vida.

SAMMY. Oh! sí; y le veremos caminar al suplicio como si marchara á una fiesta. Todo Lóndres quiere saludar á ese héroe, á ese mártir que para rehabilitarse se ha denunciado á sí mismo, ocultando las pruebas de su inocencia.

ABACÚ. Pero, Bertell, Obadiach y Dustan no han marchado á Francia para traer á Jacobo? No han llegado esta mañana con ese miserable? No sabe todo el mundo quien es el que malversó el depósito, y como la cartera fué hallada en casa de nuestro protector? Por qué ese silencio del Sr. Trebor? Desengáñate, Sammy, cada hombre es un misterio incomprendible, pero de todos modos es menester que nos reunamos, para salvar á quien no debe morir, á quien no morirá porque Dios en su infinita bondad será mas justo que los hombres.

SAMMY. Aun no hemos podido ver á Bertell mas que un momento; despues de la entrevista que tuvo con el Sr. Trebor, dejó asegurado á Jacobo, y corrió á abrazar á su prometida Jenny y á consolar á la desolada madre de nuestro bienhechor.

ABACÚ. Aquí tienes á Bertell, oh! pobre muchacho sufre, como sufrimos todos.

ESCENA II.

Dichos. **BERTELL.**

BERTELL. Ola! Estais aquí?... No han venido Dustan, Gregorio ni Obadiach?

SAMMY. Nadie.

BERTELL. Amigos míos, es menester que pidamos al Protector gracia, justicia para el Sr. Trebor.

Todos. Sí, sí.

BERTELL. El me ha prohibido que se haga la mas leve manifestacion, pero será la única vez que desobedezca sus órdenes. Bertell el balconero perderá cien vidas antes que consentir en la muerte del mejor de los hijos, del mas honrado de los hombres.

ABACÚ. Pero y Jacobo? Qué dice ese miserable?

BERTELL. Jacobo! Oh! si vídrais lo que he sufrido durante el viaje. El Sr. Trebor me mandó que se lo trajera sano y salvo y aquí le tiene, pero se me han pasado unas ganas..... Yo no sirvo para estos casos. Llegué á Francia y apenas desembarqué me dirigí con Dustan y Obadiach, al sitio donde presumiamos encontrarle. Con efecto allí estaba, pero en union de otros amigos, sin duda alguna tan buenos como él. Para no armar pendencia ni dar lugar á que nos prendiesen, determinamos seguirle la pista hasta encontrar una ocasion oportuna. Al poco rato dejáronle sus camaradas, y yo, como jefe de la expedicion le salí al encuentro. Al reconocerme lanzó un grito de asombro; yo no sé lo que veria en mi rostro que le aterrorizara, pero pálido, desencajado, trató de ponerse en precipitada fuga; el miserable ya se creia en salvo, cuando la pesada mano de Obadiach le detuvo. Entonces llegamos todos y sin hacer la menor resistencia se dejó llevar á bordo de la goleta de Dustan donde le aseguramos.

Como nuestra mision habia concluido, al amanecer levamos anclas y nos alejamos del puerto de Calais. El mal estado de la mar ha retardado nuestro viaje , pero gracias á Dios hemos llegado á tiempo , y Jacobo está aquí sano y salvo , segun los deseos del Sr. Trebor. No comprendo, amigos míos, lo que nuestro protector se propone; yo cumpliré cuanto me ha encargado , pero eso de dejarle morir , vamos, eso no es posible, ni me lo perdonaria nunca.

SAMMY. Y Jacobo ¿ qué dice ? No has hablado con él ? No te ha preguntado ?

BERTELL. Una mañana le concedimos subir sobre cubierta , pero debiamos ser mudos y lo fuimos. Nuestro silencio le exasperaba, queria saber á donde le conduciamos y cual era nuestra intencion. Habló de Sir Aberdin , de Mis Liliás, del Sr. Trebor, de su infame accion, nos pidió que le matásemos, pero que no le trajésemos á Lóndres, pues habia hecho un juramento y queria cumplirlo ; como si hombres de la estofa de Jacobo tuvieran en cuenta los juramentos ! Esta mañana llegamos , y el prisionero ha desembarcado no sin haber opuesto una resistencia tenaz, pero inútil. Le custodian en una casa cercana de este lugar cuatro de los nuestros. Cuando suene la hora le arrastraré hasta aquel sitio, que es el reservado para que presencie el espectáculo. Si el Sr. Trebor muere, ay de Jacobo ! ay de Sir Aberdin !

ABACÚ. Y la Sra. Margarita , estará desconsolada , no es verdad, Bertell ?

BERTELL. Muchas veces el cariño maternal vence á todo otro sentimiento. Pero el Sr. Trebor ha logrado infundirle valor y resignacion y en este momento la he dejado tranquila y dispuesta á ser espectadora del triunfo que la desgracia ha reservado á su heróico hijo.

ABACÚ. Aquí tenemos ya á Obadiach, á Dustan y á Gregorio.

ESCENA III.

Dichos. **OBADIACH**, **GREGORIO** y **DUSTAN**, á poco **FAVIO**.

OBADIACH. Te buscábamos Bertell.

BERTELL. Es la hora.

OBADIACH. No debemos perder un momento, pues segun las instrucciones del Sr. Trebor, es preciso que á su salida esté el infame á su puesto.

BERTELL. Tienes razon, mas vale que aguardemos nosotros.

SAMMY. Si nos necesitais para algo, disponed.

BERTELL. Allá veremos; por ahora no es necesaria vuestra ayuda. Vamos Obadiach.

OBADIACH. Vamos. (*Vanse Bertell, Obadiach y Dustañ.*)

ESCENA IV.

ABACÚ, SAMMY, FAVIO y pueblo que va aumentándose durante toda esta escena, á poco SIR ABERDIN.

FAVIO. Dentro de un momento partiré para Francia; así me lo han aconsejado y yo creo que me conviene. Mi tesorero está abocado á una caída por mas confianza que tenga; confieso mi debilidad, he sido su cómplice y debo evitar á tdo trance que se me eche mano. El suplicio de Trebor es cosa que llama la atencion; de buena gana, sino corriera peligro me quedaria á presenciario. Su heroica resolucion tiene afectado hasta el mismo Cromwell. Sir Aberdin es el único que no se conmueve y que sigue arrogante el infame camino que le ha trazado su ambicion y su orgullo. Aquí viene: llega á tiempo, con eso me despediré de él y le daré un buen consejo.

ESCENA V.

Dichos, SIR ABERDIN.

ABERDIN. (*A los guardias.*) Plaza! Voy á hablar con el Lord Protector.

FAVIO. No vayais. Seguidme y lo acertaréis.

ABERDIN. Seguiros Favio! ¿Y á donde?

FAVIO. A Francia, á España, tengo caballos dispuestos y esta variacion de clima nos es muy conveniente, creedme.

ABERDIN. Idos vos si quereis. Yo me quedo.

FAVIO. Ah! ya: quereis asistir al suplicio, ó mejor dicho al triunfo de Jorge Trebor?

ABERDIN. Veis siempre las cosas, amigo mio, de distinto modo que son en realidad: Trebor no tiene verdaderamente prueba alguna contra mi, de ello estoy convencido. Como mi sistema es aniquilar y destruir á quien puede estorbarme, he formulado nueva acusacion, manifestando que el abogado de Lord

Windall, pudiera muy bien haber sido su cómplice. Oliverio Cromwell parece inclinado á pensar esto mismo y hoy se muestra muy en mi favor.

FAVIO. Pero, Sir Aberdin : habeis sido capaz de cometer esa nueva infamia ?

ABERDIN. Que queréis, amigo mio , la cuestion iba tomando mal sesgo y el único medio de justificarme era acusar...

FAVIO. Vaya ! vaya... que os divirtais. Yo me dirijo á Paris ; vos me parece que vais á parar al infierno. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CROMWELL en la galería con su escolta ; poco despues **BERTELL** y **OBADIAH** arrastrando á **JACOBO**, **SIR ABERDIN**, **ABACÚ**, **SAMMY** y pueblo. **SIR ABERDIN** cuando ha marchado **FAVIO** se dirige á la escalinata, pero se detiene al ver á **CROMWELL**.

ABACÚ. El Lord Protector. Amigos míos , pidámosle gracia y justicia.

TODOS. Si ; gracia, justicia.

JACOBO. Que es lo que queréis ? Dejadme ! A donde me conducis ?

BERTELL. Ya hemos llegado ; te guardamos tu puesto. Miserable ! desde aquí podrás ver bien.

JACOBO. Que he de ver ?

BERTELL. Mira.

ESCENA VII.

Dichos. **TREBOR**, descubierto, pálido y tranquilo, le precede el verdugo, algunos ministros y escolta. La escalinata debe bajarla con mucha lentitud ; desde que ha aparecido ha fijado sus ojos en Jacobo. La gente del pueblo se agolpa para verlo pasar. Sir Aberdin ha permanecido inmóvil al pie de la escalinata.

BERTELL. Viva el señor Trebor.

PUEBLO. Viva.

JACOBO. Dios mio ! Jorge Trebor !

CROMWELL. (*Desde la escalinata.*) Ingleses ! Mirad á ese hombre.

Por la fuga de un culpable habia sido condenado á una pena leve pero infamante. Ha preferido denunciarse el mismo como reo de un delito honroso, pero mortal. Se ha librado de la prision y ha querido mejor morir en el cadalso. Ingleses !

Miradle! muere voluntariamente por salvar su honor. Saludadle todos, como yo le saludo. (*Todos se descubren.*)

BERTELL. (*A Aberdin.*) Descubríos!.. descubríos!.. (*Se quita el sombrero.*)

ABERDIN. Oh!

MARGARITA. Bendito seas, mártir, y que tu asesino sea maldito.

LILIAS. Si, si: maldito seas! (*Bajo á Jacobo.*) A ti te desprecio, y á él le amo. (*Trebor ha llegado delante de Jacobo siempre mirándole, este facinado cae á sus pies.*)

JACOBO. Perdon! Es inocente! El culpable soy yo!

BERTELL. ¡ Viva Trebor!

TODOS. ¡ Viva!

CROMWELL. Esa confesion pública os ha justificado Jorge Trebor y por consiguiente, estais libre.

MARGARITA. Libre!

ABERDIN. (*A Cromwell.*) Aun queda en pie la acusacion principal.

CROMWELL. Efectivamente, y en vista de vuestra incalificable denuncia, he podido, sin faltar á mi palabra, abrir el pliego que me habiais confiado, señor Trebor. Jacobo Talbot, libre estais tambien, porque el depósito era vuestro. Lord Windall os lo legó en su testamento como hijo que sois de su hermano. Sir Aberdin, han llegado á mi poder unas cartas autorizadas con vuestra firma, y que prueban la infamia que os proponiais al querer entregar al extranjero vuestra patria. (*A los guardias.*) Que se apoderen de ese reo de Estado.— Señor Trebor, no necesito deciros que seréis siempre bien recibido en mi palacio.

TREBOR. Gracias Milord. Y tu mi honor, mi honor adorado, vuelve á ser mi única gloria. Madre mia! Lillias! Amigos, venid todos, abrazadme! Hoy es el dia mas feliz y mas grande de mi vida.

FIN DEL DRAMA.

CENSURA.

Examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.—Madrid 7 de Noviembre de 1867.—El Censor de Teatros.—NARCISO S. SERRA.





C21